

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 959.

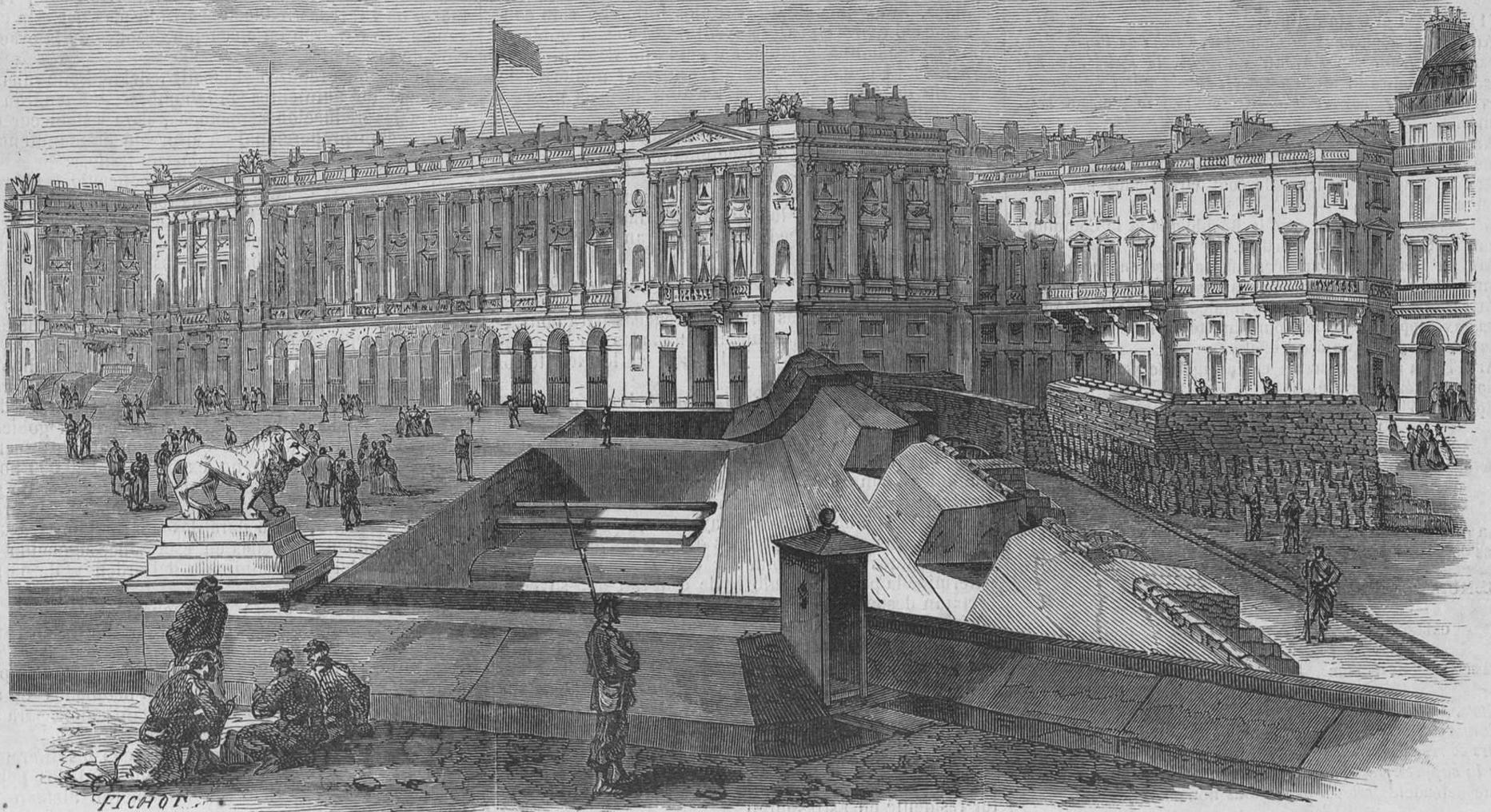
Administración general, passage Saunter, número 4, en París.

## SUMARIO.

La barricada de la calle de Rivoli á la plaza de la Concordia; grabado. — Supresion del « Correo de Ultramar » por el Comité de salud pública. — El tratado de paz. — Com-

bates de los antiguos. — Estatuaria — Llegada á Versalles de los cañones tomados en el fuerte de Issy; grabado. — Venta de las barracas instaladas en el jardín de las Tullerías; grabado. — Estrasburgo: Regreso de los prisioneros naturales de Alsacia; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Los clubs en las iglesias de París: Reunion en San

Nicolás de los Campos; grabado. — Auber; grabado. — El orgullo de un hombre. — Las Ambulancias de la Prensa; grabado. — Los fugitivos; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Últimos disparos de las cañoneras situadas bajo el viaducto de Auteuil; grabado.



GUERRA CIVIL. — La barricada de la calle de Rivoli á la plaza de la Concordia.

## La barricada de la calle de Rivoli

Á LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

Uno de nuestros grabados representa la barricada que cierra la calle de Rivoli á la entrada de la plaza de la Concordia. Las fortificaciones se aumentan de un modo espantoso por todas partes. El ciudadano Gaillard, que los federados llaman el padre de las barricadas, no se duerme en el trabajo que le ha encargado la Commune.

Sobre este punto diremos que la comision de barricadas se ha reunido al cuerpo de ingenieros militares, con cuyo motivo el ciudadano Gaillard acaba de enviar su dimision al ciudadano Delescluze, delegado de la guerra. En su carta el ciudadano Gaillard reclama el mérito de haber elevado las barricadas de la plaza Vendôme, de la plaza de la Concordia y del Trocadero. A cada cual su parte de responsabilidad. P. P.

## Supresion del Correo de Ultramar

POR EL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA.

El *Journal Officiel* del viernes 19 de mayo contiene un decreto, en cuya virtud se pronuncia la supresion de diez periódicos y entre ellos el *Correo de Ultramar*, lo mismo la PARTE POLÍTICA que la PARTE LITERARIA ILUSTRADA (1). No porque la insurreccion esté vencida en el momento que damos esta noticia á nuestros suscritores, debemos callar el pensamiento que nos inspira la medida tomada contra nosotros por el Comité de salud pública. Cuando hemos visto desaparecer del estadio de la prensa todos los órganos independientes de la opinion en sus diversas manifestaciones quedando en su lugar, casi exclusivamente, las hojas recién fundadas para alucinar á sus mismos adeptos con sonadas victorias y para sostener los actos mas inexcusables de los insurrectos del Hotel de Villa, contábamos con nuestra supresion, porque nada de comun podia encontrarse entre nosotros y las hojas á que nos referimos. De todos modos, cumple á nuestra dignidad y nos parece de toda justicia hacer constar el hecho de nuestra supresion por un gobierno que se suponía llamado á fundar en Francia todas las libertades, y comenzaba por confiscar la de la prensa, aplicando sus rigores al *Correo de Ultramar*, que en los treinta años que cuenta de existencia no ha sido jamás objeto de ninguna represion y ha podido siempre expresar con entera libertad sus opiniones políticas. Hecha esta aclaracion, terminaremos diciendo que consideramos como un título de honra la supresion del *Correo de Ultramar* por el Comité de salud pública.

(1) Hé aquí el texto del decreto :

Art. 1<sup>er</sup>. Les journaux la *Commune*, l'*Echo de Paris*, l'*Indépendance française*, l'*Avenir national*, la *Patrie*, le *Pirate*, le *Républicain*, la *Revue des Deux-Mondes*, l'*Echo (El Correo) de Ultramar* et la *Justice* sont et demeurent supprimés.

Art. 2. Aucun nouveau journal ou écrit périodique politique ne pourra paraître avant la fin de la guerre.

Art. 3. Tous les articles devront être signés par leurs auteurs.

Art. 4. Les attaques contre la République et la Commune seront déférées á la cour martiale.

Art. 5. Les imprimeurs contrevenans seront poursuivis comme complices, et leurs presses mises sous scellés.

Art. 6. Le présent arrêté sera immédiatement signifié aux journaux supprimés par les soins du citoyen Le Moussu, commissaire civil, délégué á cet effet.

Art. 7. La sûreté générale est chargée de veiller á l'exécution du présent arrêté.

Hotel-de-Ville, le 28 floréal an 79.

Le Comité de salut public :

Ant. Arnaud, Eudes, Billioray,  
F. Gambon, G. Ranvier.

La notificacion dice así, copiada textualmente, con sus faltas características :

COMMUNE DE PARIS

CABINET  
DU  
COMMISSAIRE DE POLICE

Paris, 19 mai 1871.

Nous, commissaire des délégués au Comité de salut public, Conformément au décret de ce jour, notifions aux imprimeurs et rédacteurs du journal l'*Echo* (El Correo de Ultramar) la suppression de ladite feuille, ainsi que l'article deuxième défendent la création de tous nouveaux journal.

Pour le citoyen Le Moussu,  
Le secrétaire  
(Firma inintelligible.)

## El tratado de paz.

El 40 de mayo á las dos de la tarde se ha firmado definitivamente el tratado de paz cuyos preliminares se estipularon en Versalles y cuyas negociaciones se continuaron en Bruselas.

Hé aquí el texto del tratado ratificado ya por la Asamblea nacional francesa y por el emperador de Alemania.

TEXTO DEL TRATADO DE PAZ ÉNTE FRANCIA Y PRUSIA.

Artículo 4<sup>o</sup> La distancia de la ciudad de Belfort á la línea de frontera, tal como en un principio fué propuesta, en las negociaciones de Versalles y tal como está señalada en el mapa anexo al instrumento ratificado del tratado de los preliminares del 26 de febrero, se considera como indicando la medida del radio que, en virtud de la cláusula relativa del artículo primero de los preliminares, debe permanecer á la Francia con la ciudad y las fortificaciones de Belfort.

El gobierno actual está dispuesto á ensanchar el radio de modo que comprenda los cantones de Belfort, de Delle, y de Giromagny, como asimismo la parte occidental del canton de Fontaine al Oeste de una línea por trazar desde el punto en que el canal del Rhone en el Rhin sale del canton del Delle, al Sur de Moutleux-Gateau, hasta el límite Norte del canton entre Bourg y Félon, donde esta línea se uniría al límite Este del canton de Giromagny.

En todo caso, el gobierno alemán no cederá los territorios arriba dichos, sino á condicion de que la República francesa, por su parte, consienta en una rectificacion de la frontera á lo largo de los límites occidentales de los cantones de Catenom y de Thionville que dejarán á la Alemania el terreno al Este de una línea partiendo de la frontera del Luxemburgo entre Hussigny y Redingen, dejando á la Francia las aldeas de Thille y de Villerapt, prolongándose entre Errouville y Aumetz, Beuvillers y Boulange, Briex y Lomerengen, y uniéndose á la antigua línea fronteriza entre Avril y Moyeuve.

La comision internacional de que se habla en el artículo primero de los preliminares se trasladará sobre el terreno inmediatamente despues del cambio de ratificaciones del presente tratado, para ejecutar los trabajos que le pertenecen y verificar el trazado de la nueva frontera, en conformidad á las anteriores disposiciones.

Art. 2<sup>o</sup> Los súbditos franceses, originarios de los territorios cedidos, domiciliados actualmente en este territorio, que piensen conservar la nacionalidad francesa, disfrutará, hasta el 4<sup>o</sup> de octubre de 1872 y mediante declaracion previa hecha á la autoridad competente, de la facultad de trasladar su domicilio á Francia y establecerse en ella, sin que este derecho pueda ser alterado por las leyes sobre el servicio militar, en cuyo caso se les mantendrá la calidad de ciudadanos franceses.

Serán libres de conservar sus inmuebles situados en el territorio reunido á la Alemania. Ningun habitante de los territorios cedidos podrá ser perseguido, inquieto ó buscado, ni en su persona ni en sus bienes, por causa de sus actos políticos ó militares durante la guerra.

Art. 3<sup>o</sup> El gobierno francés remitirá al gobierno alemán, los archivos, documentos y registros relativos á la administracion civil, militar ó judicial de los territorios cedidos. Si algunos de estos títulos hubiesen sido confundidos ó extraviados, se restituirán por el gobierno francés, mediante demanda del gobierno alemán.

Art. 4<sup>o</sup> El gobierno francés remitirá al gobierno del imperio de Alemania, en el término de seis meses á contar desde la fecha de este tratado :

4<sup>o</sup> El importe de las sumas entregadas por los departamentos, comunas y establecimientos públicos de los territorios cedidos.

2<sup>o</sup> El montante de las primas de enganche y de reemplazo pertenecientes á los militares y marinos originarios de los territorios cedidos, que hayan optado por la nacionalidad alemana.

3<sup>o</sup> El montante de las cauciones de los funcionarios del Estado.

4<sup>o</sup> El montante de las sumas entregadas para consignas judiciales, á causa de medidas tomadas por las autoridades administrativas ó judiciales en los territorios cedidos.

Art. 5<sup>o</sup> Las dos naciones gozarán de igual privilegio en lo que concierne la navegacion por el Mosela, el canal de la Marne en el Rhin, el canal del Rhone en el Rhin, el canal de la Sarre y las aguas navegables que comunican con estas vias de navegacion. El derecho de conducir balsas por los rios será conservado.

Art. 6<sup>o</sup> Las altas partes contrayentes estando de acuerdo en que las circunscripciones diocesanas de los territorios cedidos deben coincidir con la nueva frontera determinada por el artículo 4<sup>o</sup> de este tratado, se concertarán despues de la ratificacion del presente tratado y sin retardo, para debatir las medidas que se deban tomar á este efecto.

Las comunidades pertenecientes, sea á la iglesia reformada, sea á la confesion de Augsburgo, establecidas en los territorios cedidos por la Francia, dejarán de depender de la autoridad eclesiástica francesa.

Las comunidades de la iglesia de la confesion de Augsburgo, establecidas en los territorios franceses, dejarán de depender del consistorio superior y del director residente en Estrasburgo.

Las comunidades israelitas de los territorios situados al Este de la nueva frontera, dejarán de depender del consistorio central israelita residente en Paris.

Art. 7<sup>o</sup> El pago de 500 millones se verificará treinta dias despues de haberse restablecido la autoridad del gobierno francés en la ciudad de Paris. Mil millones se pagarán en el transcurso del año actual y 500 millones el 4<sup>o</sup> de mayo de 1872. Los tres últimos mil millones serán pagaderos el 2 de marzo de 1874, en conformidad á lo estipulado en el tratado de paz preliminar. A partir del 2 de marzo del presente año, los intereses de estos tres mil millones de francos se pagarán anualmente, el 3 de marzo, á razon de 5 por 100 al año.

Toda suma pagada como adelanto sobre los tres últimos mil millones, dejará de ganar interés á contar del dia en que se haya verificado el pago.

Todos los pagos no podrán hacerse mas que en las principales ciudades comerciales de Alemania y se harán en metálico, oro ú plata, en billetes del Banco de Inglaterra, del Banco de Prusia, del Banco real de los Países Bajos, Banco Nacional de Bélgica, en billetes á orden ó letras de cambio negociables de primer orden, valor constante.

Habiendo fijado en Francia el gobierno alemán el valor del thaler prusiano en 3 fr. 75 cént. el gobierno francés acepta la reduccion de monedas de los dos países al tipo indicado *ut supra*.

El gobierno francés informará al gobierno alemán con tres meses de anticipacion, de todo pago que cuente hacer en las cajas del imperio alemán.

Despues del pago de los 500 millones y la ratificacion del tratado de paz definitivo, sean evacuados por las tropas alemanas, los departamentos de la Somme, del Sena Inferior y del Eure. La evacuacion de los departamentos de Oise, Seine-et-Oise, Seine-et-Marne y del Sena, como asimismo de los fuertes de Paris, tendrán lugar tan luego el gobierno alemán juzgue suficiente para asegurar la ejecucion de los compromisos contraidos por la Francia, el restablecimiento del orden tanto en Francia como en Paris.

En todo caso, esta evacuacion se verificará cuando se haya hecho el tercer pago de 500 millones.

Las tropas alemanas, en interés de su seguridad, tendrán á su disposicion la zona neutra situada entre la línea de demarcacion alemana y el recinto de Paris, en la orilla derecha del Sena.

Las estipulaciones del tratado del 26 de febrero, relativas á la ocupacion de los territorios franceses despues del pago de dos mil millones, quedarán en vigor. El gobierno francés no podrá hacer ninguna de las deducciones que tendrá el derecho de verificar, sobre el primer pago de 500 millones.

Art. 8<sup>o</sup> Las tropas alemanas se abstendrán de hacer requisiciones en metálico ó en efectos en los territorios ocupados; siendo esta obligacion por su parte correlativa á las obligaciones contraidas por el gobierno francés para su manutencion, en el caso en que, á pesar de las reclamaciones reiteradas del gobierno alemán, el gobierno francés tardase en ejecutar las precisadas obligaciones, las tropas alemanas tendrán el derecho de procurarse lo que sea necesario á su manutencion, ordenando impuestos y requisiciones en los departamentos ocupados, y aun fuera de estos, si sus recursos no fuesen suficientes.

Relativamente á la alimentacion de las tropas alemanas, se conservará en vigor el régimen actual hasta la evacuacion de los fuertes de Paris.

En virtud de la convencion de Ferrières del 11 de marzo de 1871, las reducciones indicadas por esta convencion se pondrán en ejecucion despues de la evacuacion de los fuertes.

Tan luego se reduzca el efectivo del ejército alemán á menos de quinientos mil hombres, se tendrán en cuenta las reducciones operadas, para establecer una disminucion proporcional en el precio de manutencion de las tropas pagado por el gobierno francés.

Art. 9<sup>o</sup> Los gajes excepcionales concedidos ahora á los productos de la industria de los territorios cedidos, para la importacion en Francia, se mantendrán por un espacio de tiempo de seis meses, desde el 4<sup>o</sup> de marzo, en las condiciones hechas con los delegados de la Alsacia.

Art. 10. El gobierno alemán seguirá entregando los prisioneros de guerra, entendiéndose con el gobierno francés, que mandará á los prisioneros cumplidos á sus hogares. En cuanto á los que no hayan cumplido su tiempo de servicio, se retirarán detrás del Loira. Queda entendido que el ejército de Paris y de Versalles, despues del restablecimiento de la autoridad del gobierno francés en Paris y hasta la evacuacion de los fuertes por las tropas alemanas, no excederá de 80,000 hombres. Hasta esta evacuacion, el gobierno francés no podrá hacer ninguna concentracion de tropas en la orilla derecha del Loira, pero dará las guarniciones regulares á las ciudades sitiadas en esta zona, siguiendo las necesidades del mantenimiento del orden y de la paz pública.

A medida que se opere la evacuacion, los jefes de cuerpo convendrán juntos en una zona neutra entre los ejércitos de las dos naciones.

Se dirigirán inmediatamente hácia Lyon 20,000 prisioneros, con la condicion que serán mandados en seguida á la Argelia, despues de su organizacion, para ser empleados en esta colonia.

Art. 11. Los tratados de comercio con los diferentes Estados de la Alemania, habiendo sido anulados por la guerra, el gobierno francés y el gobierno alemán tomarán por base de sus relaciones comerciales el régimen del trato recíproco sobre el pié de la nacion mas favorecida.

En esta regla están comprendidos los derechos de en-

trada y salida, el tránsito, las formalidades de aduanas, la admisión y el buen trato de los súbditos de las dos naciones, como asimismo de sus agentes.

Sin embargo, quedarán exceptuadas de la regla antedicha los favores que una de las partes contrayentes ha concedido ó concederá por tratados de comercio á otros Estados que los que siguen: Inglaterra, Bélgica, Países Bajos, Suiza, Austria y Rusia.

Los tratados de navegación, como la convención relativa al servicio internacional de ferro-carriles en sus relaciones con la aduana y la convención para la garantía recíproca de la propiedad de obras de arte, se pondrán de nuevo en vigor.

Sin embargo, el gobierno francés se reserva el derecho de establecer sobre los navíos alemanes y sus cargamentos los derechos de tonelaje y pabellón, bajo la reserva de que estos derechos no serán mas elevados que los que paguen los buques y cargamentos de las naciones antes citadas.

Art. 42. Todos los alemanes expulsados conservarán el pleno y entero goce de todos los bienes que tengan en Francia.

Los alemanes que hubiesen obtenido la autorización exigida por las leyes francesas para fijar su residencia en Francia, serán reintegrados en todos sus derechos, y pueden, por lo tanto, establecer su domicilio en el territorio francés.

El plazo estipulado por las leyes francesas para obtener la naturalización se considerará como no interrumpido por el tiempo de guerra para las personas que aprovechen de la facultad mencionada *ut supra* de volver á Francia en el plazo de seis meses después del cambio de ratificaciones de este tratado, y el tiempo transcurrido entre su expulsión y su vuelta al territorio francés se considerará como si no hubiesen cesado de permanecer en Francia.

Las condiciones que anteceden se aplicarán en perfecta reciprocidad á los súbditos franceses residentes ó que deseen residir en Alemania.

Art. 43. Los buques alemanes que estaban condenados por los consejos marítimos de presas antes del 2 de mayo de 1871, serán considerados como condenados definitivamente.

Los que no hubiesen sido condenados en la fecha dicha, serán devueltos con el cargamento ó lo que de este quede. Si la restitución de los buques y de los cargamentos no es ya posible, su valor, fijado según el precio de venta, será devuelto á los propietarios.

Art. 44. Cada una de las dos partes contrayentes continuará en su territorio los trabajos emprendidos para la canalización del Mosela. Los intereses comunes de las partes separadas de los departamentos de la Meurthe y del Mosela se liquidarán.

Art. 45. Las partes contratantes se comprometen mutuamente á extender á sus súbditos respectivos las medidas que podrán juzgar útil adoptar en favor de aquellos de sus nacionales que, á causa de los sucesos de la guerra, se hubiesen encontrado en la imposibilidad de llegar á tiempo oportuno para resguardar ó conservar sus derechos.

Art. 46. Los gobiernos francés y alemán se comprometen recíprocamente á hacer respetar y cuidar las tumbas de los soldados sepultados en sus territorios respectivos.

Art. 47. El arreglo de los puntos accesorios sobre los que debe establecerse un acuerdo, como consecuencia de este tratado y del tratado preliminar, será el objeto de negociaciones ulteriores que se entablarán en Francfort.

Art. 48. Las ratificaciones del presente tratado por la Asamblea nacional y el jefe del poder ejecutivo de la República francesa por una parte, y por otra Su Majestad el emperador de Alemania, se cambiarán en Francfort, en un plazo de diez días, ó antes si hay posibilidad.

En fe de lo cual, los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y estampado el sello de sus armas.

Hecho en Francfort el 18 de mayo de 1871.

### Combates de los antiguos.

Precedían á todo combate ciertas ceremonias y preparativos: consultábase á los dioses por medio de los oráculos y de los agoreros; hacíanse sacrificios, y arengábase á los soldados. Dábase la señal de guerra haciendo resonar los bélicos instrumentos y ondeando la purpúrea bandera. Entonábanse luego canciones guerreras, y el grito de guerra.

Componíase cada legión romana de tres líneas: ocupaban la primera los armados de lanzas y picas; el centro las tropas escogidas formadas de aguerridos veteranos, y la tercera línea los que iban mejor armados y que mayores escudos embrazaban. En la primera línea estaban los soldados tocando hombro con hombro, en la segunda estaban mas separados, y aun mayor era esta distancia en la tercera línea. Así cuando la primera no podia resistir el choque del enemigo se replegaba y embecía en las filas de los veteranos, y unidos á estos probábase de nuevo la suerte en el ataque; si esta era adversa y se veían rechazados se replegaban y embecían en la tercera línea y todos juntos acometían nuevamente al enemigo; y si aun esta vez tenían que ceder

daban ya por perdida la batalla buscando su salvación en la retirada ó en la fuga.

La táctica moderna no conoce este embobamiento de una compañía en otra: pero los antiguos era el mejor sistema que conocían; y los romanos ejecutaban estos movimientos con una rapidez y precisión admirable.

En tiempos mas recientes se añadió otra clase de guerreros á los de las tres mencionadas líneas. Eran estos los flecheros, ballesteros y honderos. que se situaban en primera línea ó á los flancos. Ellos, á imitación de nuestros cazadores y flanqueadores, comenzaban el ataque y se escaramuceaban con las avanzadas enemigas. Si eran rechazados, como las mas veces sucedía, se dividían y pasaban á situarse á retaguardia de los flancos del ejército, ó á formar el cuerpo de reserva. Efectuada la retirada de estos, atacaban los primeros con el mayor ímpetu, y desde entonces puede decirse que se formalizaba el ataque.

La caballería estaba situada en los extremos del ejército, y solía permanecer inmóvil, hasta que desordenado algun cuerpo enemigo se arrojaba sobre él, le cercaba y le rendía. Cuando la necesidad lo exigía echaban pié á tierra y hacían el servicio de tropas ligeras.

Las tropas auxiliares de los romanos formaban su reserva. Usábanse tambien, aunque no tan comunmente otros órdenes de batalla: tales eran el *triángulo ó cuña*, el que presentando al enemigo uno de sus ángulos, á cuya cabeza se hallaban los guerreros mas valientes y robustos, penetraba así por medio de las masas enemigas, y si el triángulo no cerdeaba, rompía y desbarataba las filas contrarias introduciendo en ellas el desorden; á mas habia el *globo ó círculo*, el *forfex ó tijera*, el *turrís ó cuadrilongo*; la *sierra ó sierra*.

Los griegos estaban mas atrasados en la táctica que los romanos, pues ordenaban su ejército en una línea y la victoria ó la derrota dependía de un solo encuentro. Para la caballería tenían tres órdenes de ataque: el cuadro, la cuña y el cuadrilongo. De la última formación se servían para la defensa, y de la segunda para el cuadro, en proporción, querían poner en movimiento mayor número de brazos que hiriesen al enemigo.

Los romanos tenían días en que les era lícito el combate y se llamaban estos *pras etares dies*, y otros en que la ley lo vedaba y se llamaban *dies atri*. Los griegos tenían leyes parecidas: los atenienses no podían batirse antes del sétimo día de luna nueva: Licurgo impuso á los lacedemonios la ley de no comenzar ningun ataque antes del plenilunio. Los antiguos pueblos del Norte no podían pelear durante los cuartos menguantes, y aun se tenía por una ofensa hecha á los dioses el faltar á este precepto aun en casos de absoluta necesidad; y Julio César refiere que les ganó una batalla solo por esta razon; *acico commissas, impeditos religione hostes vicil*.

Los judíos tenían tambien días santificados, en los que jamás presentaban batalla: Jerusalem fué tomada en sábado: verdad es que los judíos se defendían, pero siempre con la idea desanimadora de atraerse la venganza de Jehovah.

A.

### Estatuaria.

EL COLOSO DE SESOSTRIS.—Navegando en el Nilo por frente del antiguo Cairo se pasa por la punta al Sur de la isla de Rhoda, que los franceses cuando dominaban el Egipto habian unido con un puente á la ciudad. El puente ha desaparecido, no quedando en él mas vestigios que el machon de donde arrancaba su primer arco pegado á unas casas viejas del Nilometro. Al otro lado del rio está el pueblo de Gizeh, á unas dos leguas de las pirámides, que formaba parte de la antigua Menfis, cuyo necrópolo y límite Sur eran Sakara. Siguiendo por tierra la calzada que linda con el rio, atravesando muchos pueblecillos, se llega á Bedrechein. Pasado este punto se notan al momento los restos de una gran ciudad por los trozos de granito y columnas que se encuentran esparcidas por el suelo. A cada paso se tropieza con estos fragmentos, que se hacen todavía lugar al través de la arena que ha cubierto ya los principales monumentos de la inmensa ciudad, y que no tardará en hacer desaparecer hasta el último vestigio.

Entre Bedrechein y el pueblo de Mit-Bahinch se levantan dos largas colinas paralelas formadas probablemente por las ruinas de un gran cercado de ladrillos como los que suelen verse en otras ruinas. En el intervalo de estas colinas es donde está el magnífico coloso descubierto por M. Caviglia, que tantos otros descubrimientos arqueológicos ha hecho.

Esta estatua es uno de los mas bellos trozos de la escultura egipcia, formada de una piedra calcárea muy fina, y que aunque mezclada con incrustaciones, conserva todavía el pulimento que solo se halla en las esculturas de su época.

La parte inferior de las piernas ha sido destruzada por los hombres ó el tiempo, y sin embargo el coloso tiene en su estado actual mas de 11 varas de largo. Es digno de atención por sus pro-

porciones elegantes y severas á la vez, y el rostro que preservó el tocado de los efectos de la caída, se conserva intacto y es de un trabajo precioso. La estatua representa á Sesostris, que reinó, según las tablas cronológicas de Abydos ó sus traductores, 1565 años antes de la era cristiana.

M. Caviglia hizo colocar la estatua con el rostro hácia la tierra, para preservarla de las mutilaciones que hacen sufrir los árabes á todas las representaciones de la figura humana, cuidando al mismo tiempo de apoyarla por medio y por las extremidades con trozos de piedras y ladrillo.

A poca distancia del coloso entre las palmeras hay una cabaña rodeada de un vallado vivo que era la que habitaba M. Caviglia cuando explotaba estas ruinas. Actualmente la habita un árabe que se ha constituido en guarda y cicerone del monolyto, y siempre se le vé con gusto porque suele traer un jarro de leche ó de agua fresca que hacen encontrar deliciosa el calor y el cansancio. Cuando le preguntan algo acerca de su antiguo huesped responde:

—El capitán Effendi Kebir *chesjtane*, es decir, el capitán es un hombre sapientísimo, un hechicero.

A poca distancia del coloso existen tambien algunas columnas de la misma época; son de granito rosa, pero están en muy mal estado.

Al Norte del coloso habia un templo dedicado á Venus-Athor por Rhamses el grande, y fuera de la gran muralla por el lado de Oriente están aun los restos de otro templo adornado con columnas pilastras acopladas y de granito rosa, y que estuvo dedicado á Phta y Athor (Venua y Vulcano) que eran las divinidades favoritas en Menfis.

C. DE T.

### Llegada á Versalles

DE LOS CAÑONES TOMADOS EN EL FUERTE DE ISSY.

El 40 de mayo á las cuatro de la tarde una compacta muchedumbre se apiñaba en Versalles en la avenida de Paris para ver los cañones tomados en el fuerte de Issy y los prisioneros que ascendían á 350. Con efecto, muy luego se oyó la música al extremo de la avenida y desfilaron en medio de las aclamaciones, primero calorce furgones llenos de municiones y de armas, y luego cuarenta cañones escoliados por soldados de línea y artilleros de caballería.

Todos los soldados ostentaban ramas de lilas en sus fusiles y á medida que pasaba una pieza el público gritaba: *¡Viva la línea! ¡Viva la artillería! ¡Viva el ejército!* Las tropas estaban radiantes de gozo en presencia de la acogida que las hacían.

El número de piezas tomadas en el fuerte de Issy es de 409; pero solo se llevaron 40 á Versalles.

M. Leon Maleville, vice-presidente de la Asamblea dirigió una alocución á las tropas para felicitarlas por su victoria.

R. S.

### Venta de las barracas

INSTALADAS EN EL JARDIN DE LAS TULLERÍAS.

Mientras por una parte las barricadas van obstruyendo las calles de Paris, por otra se trata de quitar de los paseos y de los jardines públicos las filas de barracas que se instalaron durante el sitio para que se alojaran las tropas.

La operación ha comenzado por las que se pusieron en el jardín de Tullerías. Toda una tarde duró la venta. Los compradores no eran numerosos, y puede decirse que uno solo se llevó todos los lotes.

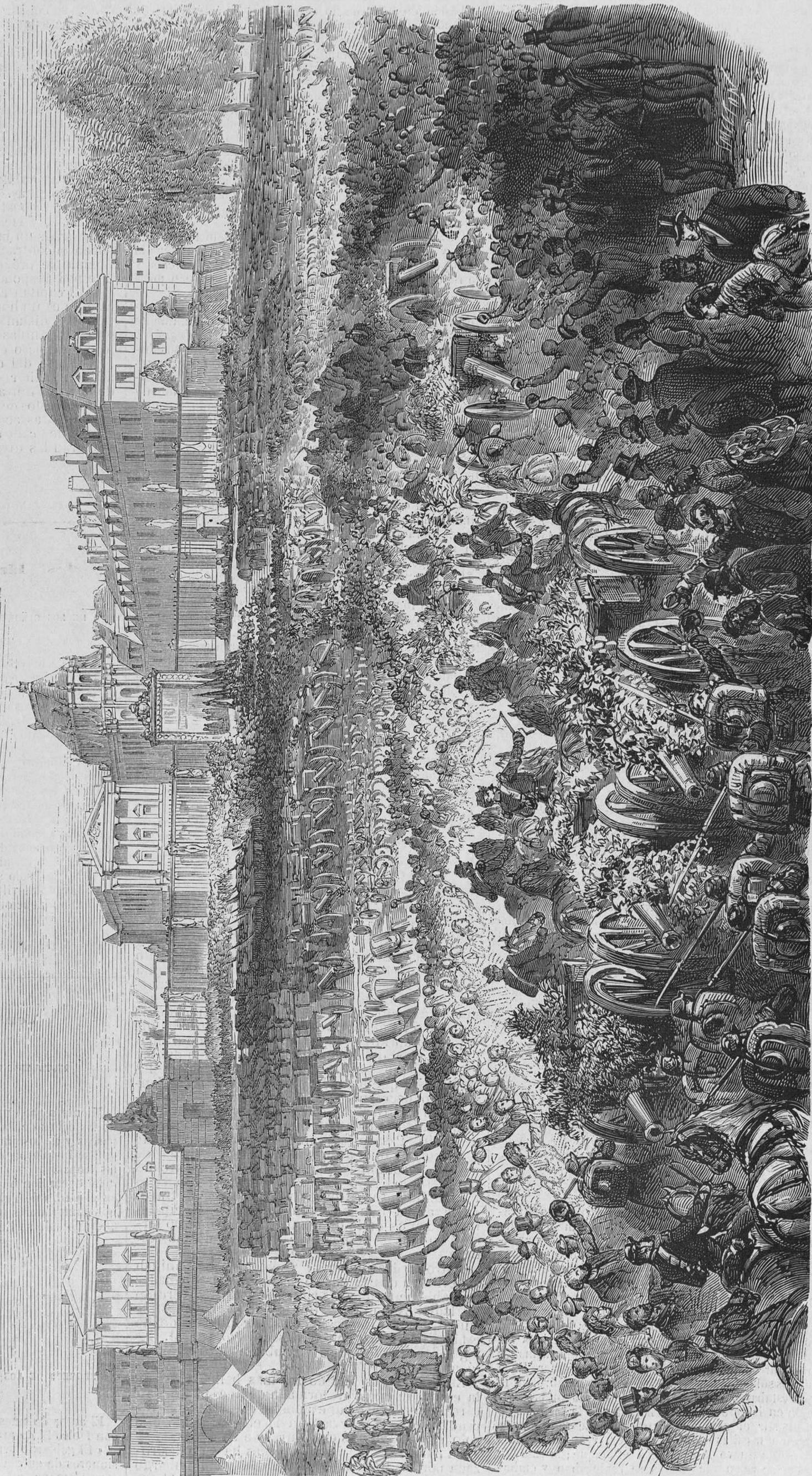
P. P.

### Estrasburgo.

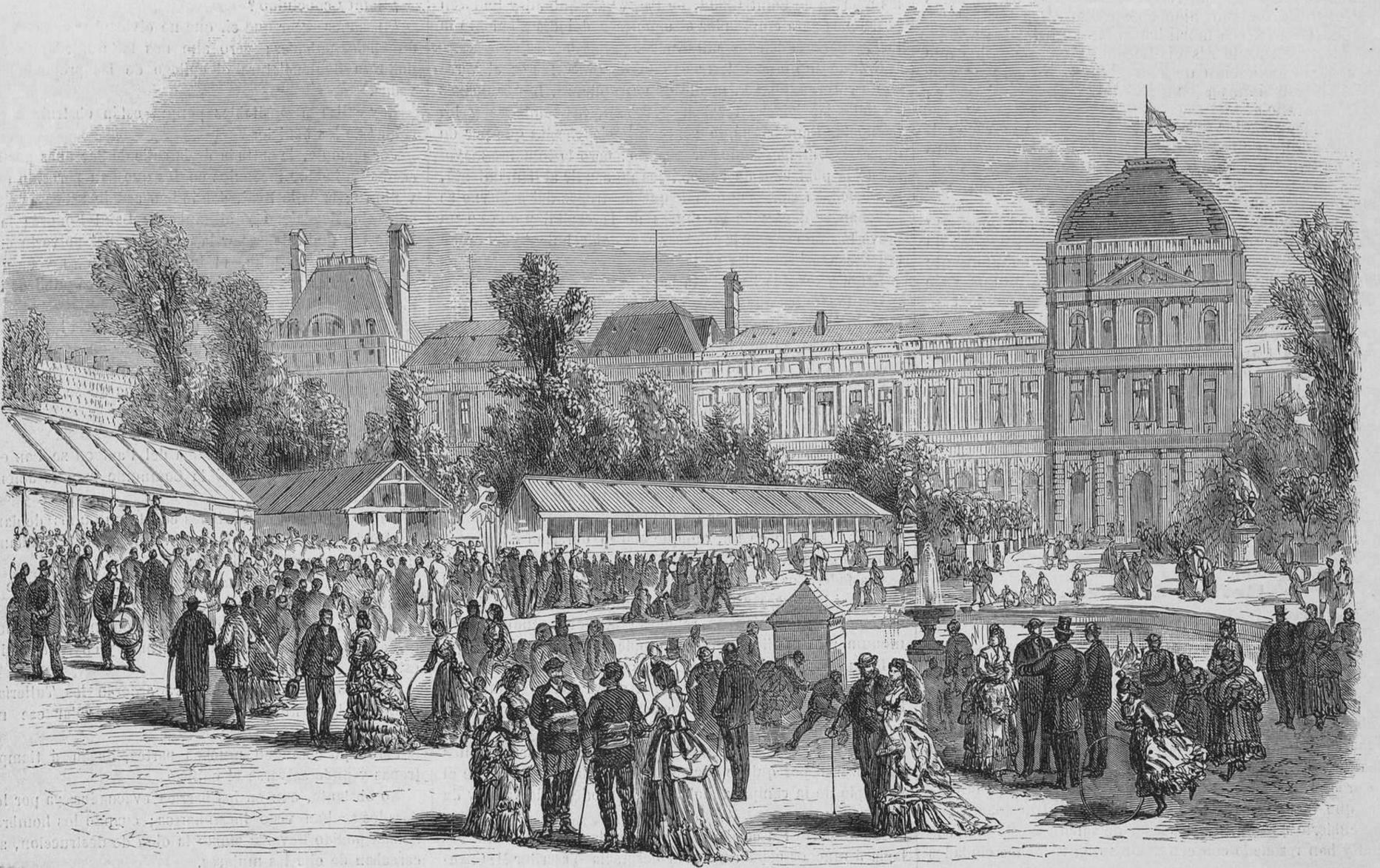
REGRESO DE LOS PRISIONEROS NATURALES DE ALSACIA.

El autor de nuestro dibujo nos escribe lo siguiente con fecha 14 de mayo en Estrasburgo:

«El gobierno prusiano hace la separación de los prisioneros de guerra naturales de la Alsacia y de la Lorena alemana, y les envía directamente á sus respectivos países. Entran aquí por centenares cada día que nos



GUERRA CIVIL. — Llegada á Versalles de los cañones tomados en el fuerte de Issy.



PARIS. — Venta de las barracas instaladas en el jardín de Tullerías durante el sitio prusiano |



ESTRASBURGO. — Regreso y recepcion de los prisioneros alsacianos.

llegan por el ferro-carril de Kehl y por el de Wissemburgo. Todos vienen muy limpios; es de extrañar que al cabo de tan largo cautiverio veamos á estos soldados con los uniformes tan bien conservados.

» Una cosa parece mortificar á las autoridades prusianas del gobierno de Alsacia-Lorena, y es la acogida que les hace la poblacion de Estrasburgo. No se ven mas que manifestaciones á los gritos mil veces repetidos de: ¡Viva la Francia!

» La llegada de los prisioneros á la estacion ofrece mil cuadros interesantes. Este saluda á un pariente, el otro á un amigo. Mi dibujo representa una columna de soldados franceses que acaban de desembarcar en la estacion de Estrasburgo.

» Los prisioneros vienen por grupos pintorescamente formados de marinos, de cien-guardias, de soldados de á pié y de á caballo, y de la guardia. Inmediatamente les encaminan al Liceo, hoy privado de alumnos y de profesores, expulsados por las autoridades alemanas.

» Los prisioneros se pasean por la ciudad con el uniforme francés y así es que se ven en las calles casi tantos soldados franceses como prusianos, lo que produce un singular efecto. Pero estos paseos de uniformes franceses dan lugar á manifestaciones y á gritos de: ¡Viva Francia! Y por esta razon el general Von Olleh, nuestro prócónsul, ha mandado que todo prisionero que vuelva á sus hogares se vista de paisano.» C. L.

### Revista de Paris.

Si la historia tuviese que dar un nombre á la semana que acabamos de pasar en Paris, seguramente la llamaria, semana de los horrores. Lucha incesante por espacio de ocho dias, asesinatos, incendios, una aglomeracion de crímenes sin precedente, tales son los rasgos característicos de la crónica que vamos á escribir, relacion de monstruosidades que han cubierto de luto, de cenizas y de sangre á esta gran capital y han resonado con eco doloroso en todas las ciudades de Europa.

Que la Commune de Paris, ese aborto criminal de la insurreccion del 18 de marzo, estaba destinada á sucumbir desde su nacimiento era cosa sabida, y mas de una vez desafiando los rigores de la supresion y las amenazas del tribunal marcial, hemos tenido ocasion de indicarlo en este periódico, con solo exponer los hechos, sin hacer mas que trazar con su exacto colorido la situacion que se iba desarrollando; pero que su caida fuera acompañada de los actos execrables que acabamos de presenciar, eso era mas difícil de decir con antelación, porque siempre se quiere dudar de que llegue á tales excesos la perversidad humana.

Y sin embargo, no faltaban pronósticos fatales. Aquel pacto con la muerte de que hablaban los federados, aquellos recelos de tanta gente como habia huido de Paris temiendo la catástrofe, eran síntomas precursoros de los intentos que abrigan los insurrectos para el caso en que se vieran perdidos en la lucha que no podia menos de tener efecto con las tropas del gobierno legal, del gobierno de la Francia.

Ciertamente, los temores eran fundados. El plan horrible de la destruccion de Paris por medio de las llamas no era una ilusion de los timoratos; y si tan espantoso proyecto no ha tenido mas que un principio de ejecucion, harto terrible por desgracia para muchos monumentos públicos y muchas casas particulares, gracias sean dadas á la prontitud con que han operado las tropas del gobierno, pues todos los preparativos estaban hechos para incendiar barrios enteros de la poblacion como lo prueban los barriles de pólvora que cada dia se encuentran en distintos sitios del Paris subterráneo.

No es posible trazar, ni á grandes rasgos, un cuadro de tan siniestro colorido; y no lo es, porque solo puede hacerse comprensible por los detalles; pero de todos modos trataremos de delinear su conjunto reservándonos insistir despues en los episodios que exigen naturalmente el poderoso auxilio de las ilustraciones. Nuestros dibujantes trabajan á porfia, y el lápiz mejor que la pluma hará comprender al lector, la magnitud del desastre.

Reanudando entre tanto nosotros la historia de los sucesos militares y políticos que venimos haciendo en estas revistas desde el principio del sitio por los prusianos, en el punto en que habia quedado hace quince dias, cuando la Commune suprimió nuestro periódico como habia suprimido todos los demás diarios que en el régimen de absoluta libertad á que nos convidaban, tuvieron la osadía de expresar independientemente su opinion; reanudando, decimos, aquella relacion interrumpida, podemos comenzar por exponer que nuestras últimas apreciaciones de los hechos acusaban ya la próxima ruina de la insurreccion del 18 de marzo.

No es que queramos poner de relieve ningun mérito de precelicion: los sucesos pintados por sí mismos daban ya con certeza el desenlace.

Y efectivamente, no se hizo esperar. En la noche del domingo, las tropas de Versalles mediante sus operaciones

continuadas con arreglo á un plan cuyo resultado no podia ser dudoso, penetraron en Paris por tres puntos distintos, por las puertas de Saint-Cloud, de Passy y de Auteuil y tomaron posiciones para emprender al amanecer del dia siguiente la lucha suprema con los sublevados.

Grande fué la consternacion de los insurrectos al verse como sorprendidos en medio de su confianza. Las campanas de todas las iglesias tocaban á rebato, los tambores y las trompetas llamaban á la gente á las barricadas que por do quiera levantaban como por encanto; pero la inmensa mayoría de la poblacion de Paris, lejos de acudir al llamamiento, se regocijaba con la noticia de que las tropas del gobierno se hallaban ya dentro de los muros de la capital y que en un breve término se podria celebrar el restablecimiento del orden tan deseado hacia diez semanas.

Larga y terrible ha sido la batalla.

Los federados que jugaban el todo por el todo se han defendido hasta en sus últimas trincheras, ha sido preciso conquistar la ciudad de Paris, como si dijéramos palmo á palmo, tomando centenares de barricadas, algunas de ellas formidables, armadas con artillería y defendidas con rabia, y posiciones como la de Montmartre que parecian punto menos que inexpugnables; pero de todos modos, ni un solo dia estuvo indeciso el triunfo, y el domingo siguiente por la tarde, pudo el mariscal Mac-Mahon anunciar á los habitantes de Paris que estaba terminada la sangrienta lucha en la que han perecido tantos miles de hombres.

Paris respiraba en fin, aunque con la opresion del espectáculo de sus desastres.

Los federados no retrocedian en su resistencia sin dejar en pos de sí la sangre y las llamas. Aquí los asesinatos de los prisioneros que tenian en rehenes; allí el incendio de los monumentos públicos y de las propiedades particulares.

El fusilamiento de los rehenes es espantoso.

No exageremos nada; la verdad es ya por sí demasiado horrible y en este capítulo de las represalias atengámonos estrictamente á las noticias oficiales.

En efecto, estos informes dicen que estos fusilamientos comenzaron por quince hermanos hospitalarios que desde el principio de la campaña habian sido modelos de valor y de filantropía.

Igual suerte les estaba reservada en la cárcel de Santa Pelagia á muchos gendarmes y al desgraciado escritor M. Chaudet, cuyo trágico fin ha conmovido á cuantas personas conocian su noble carácter.

Despues les tocó el turno á los presos en la cárcel de Mazas.

Los soldados de Versalles ganaban terreno de hora en hora y los hombres de la Commune juzgaron que sus infelices presos podrian ser libertados en Mazas, con cuyo motivo les trasladaron á la cárcel de la Roquette situada en el barrio extremo donde la agonizante insurreccion debia exhalar las postreras boqueadas.

La traslacion se hizo el mártes y veinte y cuatro horas despues sesenta y cuatro de aquellos prisioneros fueron fusilados en el patio de la cárcel, la mayor parte sacerdotes y el primero el señor arzobispo de Paris, que murió, dice la relacion oficial, como un héroe cristiano, y se le oyeron pronunciar estas palabras:

— No profaneis la palabra libertad que solo pertenece á nosotros, pues nosotros morimos por la libertad y por la fe.

Mientras tenian efecto estos atroces asesinatos Paris era ya presa del incendio.

¿Puede imaginarse nada mas horrendo?

La muerte por todas partes alumbrada por las llamas.

Como hemos dicho ya, los incendios, obra premeditada, se sucedian por Paris á medida que los insurrectos se iban retirando derrotados por las tropas de Versalles.

El lunes 22 ardia el ministerio de Hacienda, del que solo han quedado las paredes de piedra de sillería.

El mártes se declaró el fuego en Tullerías, palacio reducido hoy á sus fachadas; y afortunadamente se salvó el Louvre, esa coleccion de museos única en el mundo.

El Palacio Real ha ardidido tambien, en la mayor parte de su cuerpo delantero; el Teatro Francés y las galerías han quedado intactas.

Donde la destruccion aparece completa es en el Hotel de Villa. El antiguo palacio municipal, monumento histórico que tanto ha figurado en todas las revoluciones, ha perecido á manos del populacho.

En el muelle de Orsay habia una serie de edificios que daban á aquella parte de Paris un aspecto monumental de los mas imponentes.

Todos ellos son otras tantas ruinas humeantes.

El palacio de la Legion de Honor, el del Consejo de Estado y el Tribunal de Cuentas, el Cuartel de Orsay y la Caja de Depósitos y Consignaciones, han sido presa de las llamas.

Lo mismo el Tribunal de Comercio; lo mismo la Prefectura de Policía y el antiquísimo Palacio de Justicia, donde los destrozos son considerables.

Por fortuna se ha salvado la Santa Capilla, una joya para la historia y para el arte.

En la manufactura de los Gobelinos el fuego ha causado grandes pérdidas.

El Teatro Lírico y el de la Puerta de San Martin, se hallan reducidos á montones de escombros.

El granero de abundancia y los almacenes de la Villette tambien han sido incendiados.

¿Hemos concluido?

Queremos creer que sí, que no olvidamos nada en punto á edificios públicos; pero aun nos falta introducir en esta dolorosa nomenclatura el epilogo de las propiedades privadas.

Hay calles intransitables porque están obstruidas por las ruinas de los edificios.

Por ejemplo, la entrada de la calle de Bac pues por ambas aceras ha habido incendios en los que han perecido muchas víctimas; la calle Real, donde han ardidido las casas situadas entre la Magdalena y el faubourg Saint-Honoré; la calle Vavin tan maltratada por la explosion del polvorin del Luxemburgo, la de Lille, el boulevard Voltaire y en general todas las vias próximas á los monumentos públicos incendiados.

¡Qué pérdidas para Paris y para la Francia!

Por ese triste catálogo se puede venir en conocimiento de que los sublevados tenian efectivamente la idea de destruir Paris, pues de no ser así, los incendios no se habrian multiplicado con tal exceso.

Además, hay datos que lo prueban.

Parece ser que en la alcaldía del Panteon se han encontrado las órdenes que dió la Commune para la defensa de aquel barrio.

Ahora bien, en esas órdenes consta que unos debian ir á las barricadas y otros á las alcantarillas: el ciudadano Milliere estaba encargado de QUEMAR LAS CASAS.

Otros documentos se han encontrado, en los que se manda incendiar tales barrios ó tales edificios.

Se habla de una orden dirigida al comandante Brunel que se hallaba en el ministerio de Marina, y cuyo contenido es este:

«Dentro de un cuarto de hora arderán las Tullerías. En cuanto salgan nuestros heridos, hareis volar ese ministerio.»

Pero aquí como en muchas partes, llegan á tiempo las tropas y pudo salvarse el edificio.

No obstante, aun en los barrios evacuados ya por los federados se han visto incendiarios; cuando los hombres no habian podido llevar á efecto la obra de destruccion, se encargaban de ella las mujeres.

¡Las mujeres! Otro capítulo atroz de esta inconcebible historia.

En todas las revoluciones que ha habido en Paris, las mujeres han desempeñado un papel reñido con los atributos del sexo débil; pero esta vez se ha colmado la medida, y las mujeres de la Commune han cometido crímenes que dejan muy atrás á los horrores que les corresponden en las escenas revolucionarias de fines del siglo último.

Armadas y uniformadas como la guardia nacional, han combatido primero en las murallas y luego en las calles, formando compañías con armamento completo de cañones y ametralladoras. Pero sobre todo se han aplicado á la terrible obra de la destruccion por medio de los incendios, ya descaradamente cuando los edificios estaban en poder de los sublevados, ya con disimulo y con mañas cuando habia que operar en barrios conquistados por las tropas.

Muchos soldados han sido muertos á manos de las mujeres á pistoletazos ó por medio del veneno; los edificios han recibido el fuego tambien por obra de las mujeres.

Llevaban mechas y petróleo, que arrojaban con rapidez por las rejillas de las cuevas, y mas de una mujer ha sido sorprendida con esos elementos de destruccion y ha pagado con su vida ese inaudito crimen.

El número de las que hay presas es de mas de mil. Apenas se ve un grupo de prisioneros en que no vayan mezcladas algunas de esas horribles furias infernales.

Llegamos al término de nuestra relacion, dejando como hemos dicho los detalles en la sombra, con la reserva de esplanarnos mas cuando publiquemos los dibujos que preparamos sobre estos siniestros acontecimientos; y sin duda el lector deseará saber á qué atenerse acerca de dos puntos importantes; las fuerzas que contaban los insurrectos y el castigo que ha recaído en los culpables.

En ambas cuestiones es difícil precisar la verdad. La Commune, en los cuadros oficiales que ha dado á luz, decia que contaba con 90,000 guardias nacionales sedentarios y 85,000 de marcha, ó de guerra.

Sin embargo, se cree que estas cifras eran exageradas y que el efectivo verdadero no ha pasado de 60,000 combatientes.

Cada dia este efectivo iba en disminucion, y por lo tanto los que se han batido en las calles de Paris no llegaban seguramente á aquel guarismo.

En cuanto á sus pérdidas han sido enormes.

Se calcula en mas de 10,000 el número de muertos y en mas de 30,000 el de prisioneros.

En lo que hay gran confusion es en la suerte de los jefes.

Cierto es que se ha anunciado el fin de muchos; pero noticias mas recientes han venido á desmentir aquellos primeros informes y hasta la fecha solo resulta que han muerto en la lucha ó ejecutados, los ciudadanos Milliere, Delescluze, Dombrowski, Rigault, Jules Vallés, Ferré, Tavernier, Jorge du Bisson, Ulises Parent y algunos otros.

Pero la autoridad militar está alerta, no se permite á nadie la salida de Paris, las visitas domiciliarias se hacen simultáneamente en todos los barrios, se toman en fin todas las medidas para que no se libren de la merecida expiación los que han dado á la Francia y al mundo el pasmoso espectáculo de tantos excesos

MARIANO URRABIETA.

### Poesía.

#### Á UN RIO.

##### I.

Por las sierras escarpada  
Se desliza blandamente  
Un río que transparente  
Va formando mil cascadas.

Se reflejan á lo lejos  
Al bajar por las colinas  
Sus aguas, que cristalinas  
Vuelven á dar sus reflejos.

Por entre guijas saltando  
Sus aguas, que el sol platea,  
Á lo lejos serpentea  
Por la grama susurrando.

Y un árbol le da su sombra.  
Que pasa tranquilo el río,  
Tendiéndose á su albedrío  
Por la dilatada alfombra.

Y parece nueva vida  
Este río, que risueño  
Con su murmurio halagüeño  
Á descansar nos convida.

En sus aguas se retrata  
El puro, azulado cielo,  
Y van cubriendo aquel suelo  
Sus aguas que son la plata,

Y atraviesa los pensiles,  
Y á las flores da vigor,  
Que nos muestran su esplendor  
En los plácidos abriles:

Y los dulces ruiseñores  
Dejando la humilde grama  
Saltan de esta á la otra rama,  
Y allí cantan sus amores.

Y el amante con su dueño  
Se miran enagenados,  
Y en su orilla recostados  
Les coge apacible sueño.

Y embriagados en su amor  
No tienen por qué temer,  
Y respirando placer  
Desechan todo rigor.

... Todo es feliz á su lado,  
Á todos causa alegría,  
Mas no á mí, que el alma mía  
Me tiene siempre agobiado.

##### II.

Tú descansas adormido  
Entre tus ondas suaves,  
Y á ti baja divertido  
El mirlo desde su nido  
Y otras mil distintas aves;

Y tus aguas van prestando  
Á las yerbas humedad,  
Y revoltosos jugando

Van los pájaros saciando  
En aquestas su ansiedad.

Y esparciéndote en mil ramas  
Delicioso, encantador,  
Á tu orilla el ruiseñor  
Con dulce alegría llamas  
Que trina con gran primor:

Y al pasar por los molinos  
Los haces mil vueltas dar,  
Y despues vas á parar  
En mil distintos caminos  
Á lo profundo del mar.

Envidio tu suerte, sí,  
Dichosa y afortunada,  
Mas tu dicha fuera nada  
Si te comparas á mí,  
Adorándome mi amada.

Si fuera, cual tú, constante  
En seguir fiel en mi amor,  
Fuera mi dicha mayor  
Si fuese rendida amante,  
Y ro me diera rigor.

Tú sigues la direccion  
Que en un tiempo señalastes,  
Jamás atrás la llevaste,  
Porque siempre con teson  
Adelante caminaste.

Mas ella me dijo un día  
Me querría eternamente,  
Y su amor puro y ardiente  
Ha convertido la impía  
En rigores lentamente.

Y su palabra olvidó,  
Y desden es su querer,  
Y ahora vuelve en padecer  
Lo que en un tiempo brindó  
Con alegría y placer.

Quédate, río, riendo  
Con tu fortuna dichosa,  
Que yo me quedo sufriendo  
Los desdenes de una hermosa  
Y mi vida maldiciendo.

Tambien cual tú, yo reí  
Cuando tierna me halagaba;  
Tambien dichoso yo fui;  
Mas despues, que me olvidaba  
Mil penas sufro y sufrí.

Corre alegre susurrando  
Bajando por las colinas,  
Ve tu dicha disfrutando,  
Que luego se irán menguando  
Esas aguas cristalinas.

Sigue, oh río, halagador  
Por la alfombra embalsamada  
Y si encuentras á mi amada  
Dile, río, sin temor  
Que mi vida es terminada.

Dí que si infiel la he llamado  
Fué solo mi desvarío,  
Que olvide el desden impío,  
Y que venga con agrado  
Á enjugar el llanto mio.

Corre pronto y dí que estoy  
Angustioso suspirando,  
Dila que estoy espirando  
Y que á morir pronto voy  
Por sus desdenes llorando,

Dí tambien á esa traidora  
Que en tus márgenes la espero,  
Dile, « vuestro amante llora,  
Y tan solamente implora  
Vuestro perdon lo primero. »

Que arrepentido estoy yo  
De haberla llamado ingrata,  
La locura me cegó;  
Y si la llamé insensata...  
No lo crea, río, no.

Y si acaso te contesta  
Diciendo: « Olvidé su amor, »  
Que me mata su rigor  
Dile, río, por respuesta,  
Y que imploro su favor.

Mas no te oirá, lo sé;  
Y así corre, mientras dura  
Tu dicha, por la verdura;  
Que yo tambien la imploré  
Y siempre me fué perjura.

Para mí ya no hay consuelo,  
Corre alegre por el suelo  
Mientras disfrutas ventura,  
Que pronto honda sepultura  
Te ha de abrir tu mismo anhelo.

Sigue gustoso, y risueño  
Rielando los jazmines,  
Sigue corriendo halagüeño.  
Pasando por los jardines  
Prestándoles tu beleño.

Riega las listadas flores  
De la bella primavera,  
Dales vigor y primores,  
Y por la grata pradera  
Extiende tus esplendores.

Pronto, sí, llegará el día,  
En que dejes de gozar,  
Y tu placer y alegría  
Trocándolos en pesar,  
Maldigas tu suerte impía.

Mas ahora que eres dichoso  
Disfruta dulce reposo,  
Y tiéndete susurrando  
Por la grama bullicioso  
Con murmurio dulce y blando.

Y no llores, río, no.  
Tu desdicha tan temprano,  
Goza del placer mundano;  
Que llorarás tú, cual yo,  
Ese destino inhumano.

No temas la adusta muerte,  
Y goza de la alegría,  
Que tu desventura impía  
Llorarás, río, y tu suerte  
Desgraciada, cual la mía.

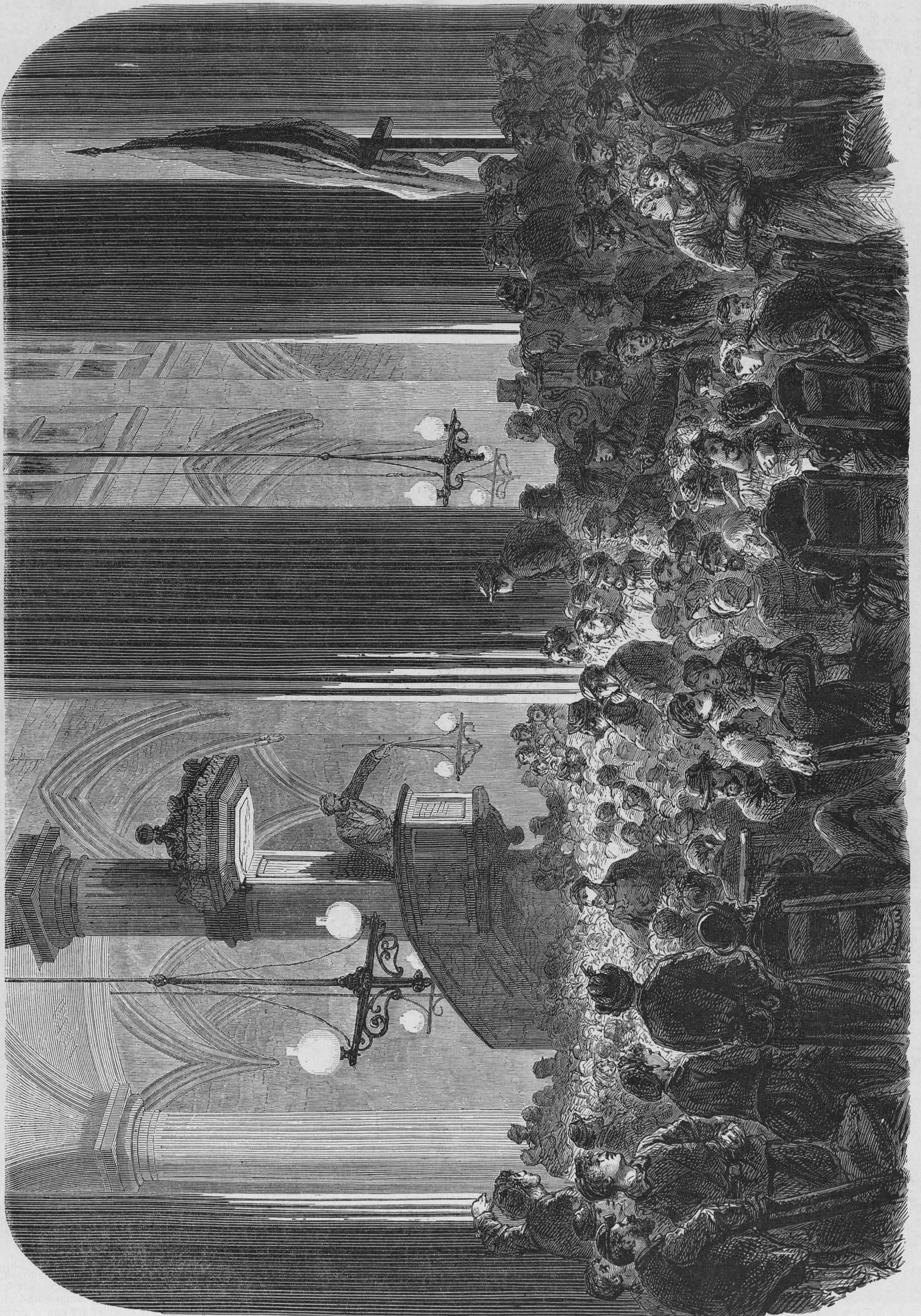
Mas ahora que eres dichoso  
Disfruta dulce reposo,  
Y tiéndete susurrando  
Por la grama bullicioso  
Con susurro dulce y blando.

JOSÉ MARÍA Y MARZAL.

### Los clubs en las iglesias de Paris.

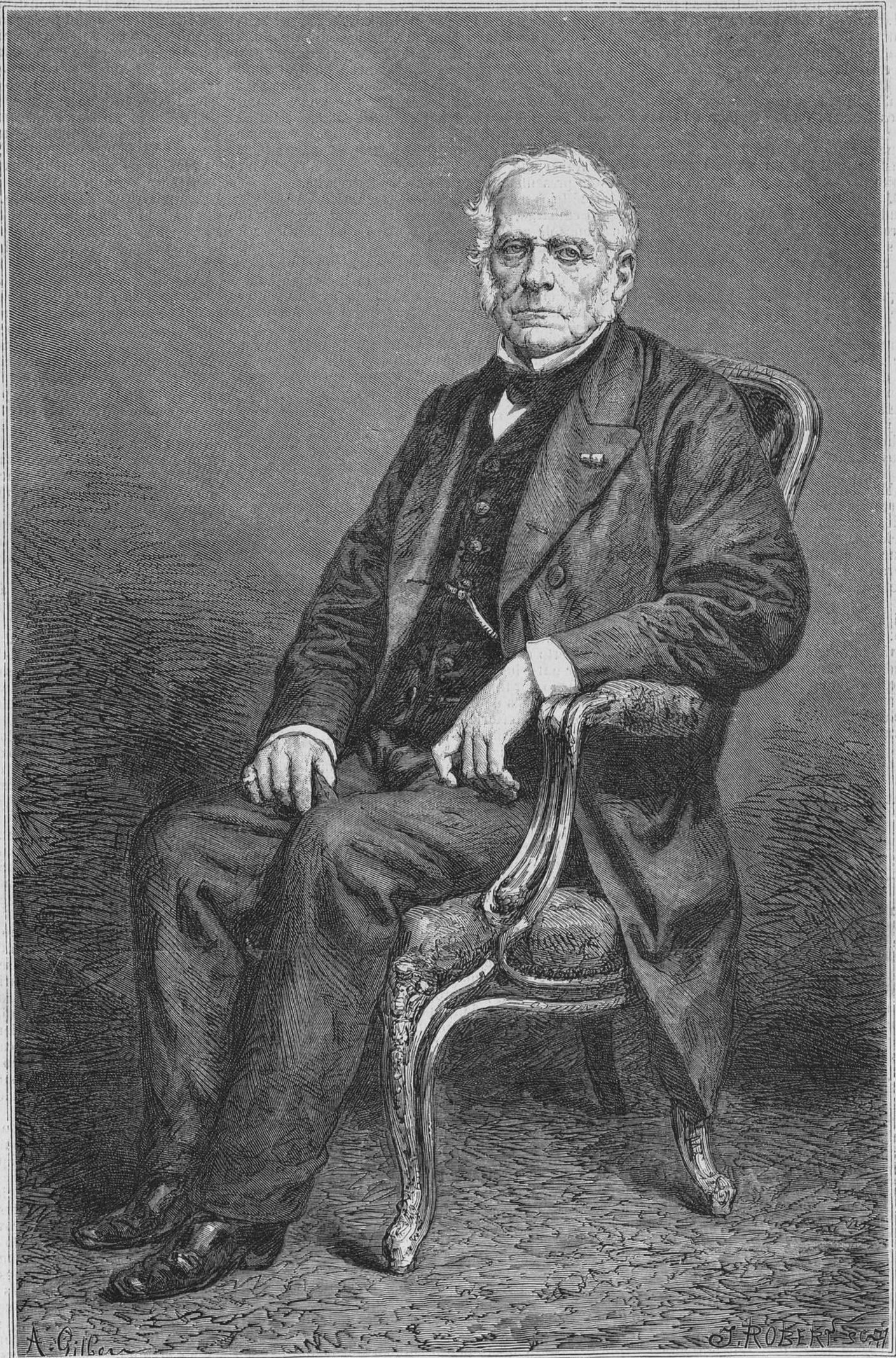
#### REUNION EN SAN NICOLÁS DE LOS CAMPOS.

Se ha dicho con gran razon que la Commune hace todos sus esfuerzos por imitar al 93 en todo y por todo. Una prueba mas de esta verdad la tenemos en los clubs de las iglesias. ¿No es muy singular ver que el derecho



PARIS EN TIEMPO DE LA COMMUNE. — Una reunion en el club, de San Nicolas de los Campos.

# GALERIA DE CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS



AUBER

de reunion tan bien practicado en Inglaterra y en los Estados Unidos, no se comprenda ni se aplique en Francia sino á la sombra de la tradicion revolucionaria de los Jacobinos?

Hay que disipar mil errores, que destruir mil preocupaciones, que estudiar y resolver mil problemas; pero todo esto se olvida, y el patriotismo de los hombres de la Commune se ejerce en cosas como la de apoderarse de las iglesias para convertirlas en reuniones populares.

La Commune ha proclamado la libertad de cultos, como ha proclamado tambien la de la prensa; pero lo cierto es que nos hemos quedado sin periódicos, como sin cultos. Esta contradiccion no deja de tener su peso.

Sea por curiosidad, por aficion á todo lo que es espectáculo ó por el deseo de tener noticias de lo que ocurre, ello es que la poblacion masculina y femenina acude en multitud á esos clubs que se celebran en los templos.

Hagamos lo que la multitud, siquiera sea para dar una nocion á nuestros lectores de lo que pasa en estas reuniones.

La iglesia se dispone siempre del mismo modo: se alumbraba bien, se instala una mesa adornada con la bandera roja, el púlpito es la tribuna y el órgano suele servir para tocar la *Marsellesa*.

A la puerta hay ciudadanos que llevan en el ojal un lazo rojo, y piden para los heridos y para los gastos del club. Por costumbre sin duda, los hombres se descubren al entrar; pero en la reunion se está con el sombrero en la cabeza.

Las declaraciones que se oyen en el púlpito son furibundas.

Estamos en la iglesia de San Nicolás de los Campos; los clubistas dicen sin ceremonia el club Nicolás, el club Eustaquio y el club Sulpicio.

Otra reminiscencia del 93; ya no hay mas santos.

Un orador asoma en la tribuna.

Muy seguro de sí mismo, habla con abundancia y sus períodos, sus fechas y sus epigramas, reciben aplausos que estallan como cohetes.

¿Qué dirian nuestros lectores que proponia aquel vehemente patriota?

Proponia á la asamblea la creacion de comités especiales encargados de recibir las delaciones de los buenos patriotas contra los reaccionarios que, inmediatamente, serian encarcelados.

Es muy de notar que los ciudadanos que aplaudieron con furor cuando vieron que la Commune decretó la abolicion de la prefectura de policia, quieran erigir la delacion en sistema.

Pero es así: la lógica está sin duda reñida con este género de patriotismo.

Las mociones mas violentas son las que obtienen mejor acogida. Un ciudadano que quiso condenar las delaciones y los delatores, tuvo que bajar de la tribuna.

En cuanto á las blasfemias que hombres y mujeres, mujeres sobre todo, han proferido en la tribuna, verdaderamente no son para dichas. Tan abominables palabras no se escriben.

H. C.

### Auber.

M. Auber, nacido en Caen el 29 de enero de 1782, ha muerto en Paris el 42 de mayo último.

Los músicos le veneraban como al decano de los compositores franceses; y hacia cuarenta años se le consideraba como el representante mas notable de la escuela francesa. Auber ha tenido la desgracia de presenciar en sus últimos días el siniestro espectáculo de la guerra civil. Si los sucesos ocurridos desde el año último no hubiesen trastornado las costumbres de M. Auber, y si algunas circunstancias recientes no le hubieran afectado hasta lo sumo, es de creer que aun hubiera vivido algunos años mas. El teatro, que era para él una necesidad de todas las noches, le faltaba hacia muchos meses, y desde el principio de la guerra vivia muy triste en su hotel que habitaba solitariamente, con un criado y una criada casi tan anciana como él.

En el curso de su carrera teatral, que abraza un período de cincuenta y seis años, M. Auber ha compuesto cuarenta y una óperas, todas ellas con piezas notables, y ocho ó diez consideradas como obras maestras. Citaremos principalmente el *Domino noir*, los *Diamants de la couronne*, *Fra Diavolo*, la *Muette de Portici*, *L'Ambasadrice*, el *Cheval de bronze*, la *Part du Diable*, *Haydée* y el *Premier jour de bonheur* que ha sido la brillante despedida de M. Auber en el teatro.

Recordamos perfectamente la primera representacion de esta última ópera: era el 45 de febrero de 1868. El auditorio mas selecto habia acudido al teatro de la Opera Cómica para aplaudir al maestro que, á los ochenta y cuatro años, despues de haber escrito treinta partituras, honor y gloria de la escuela francesa, cantaba como si estuviese aun en los días de la primavera, canciones frescas y suaves, como la rosa de mayo. No es esta ópera una obra maestra completa como el *Domino noir*; pero en toda la partitura se reconocia la inspiracion del maestro y abundaban en ella las melodias mas espontáneas.

La escena se supone en la India, y por lo tanto habia pretexto para magníficas decoraciones y para que la

bella y poética Mlle. María Roze, figurase allí como sacerdotisa ideal de India. Mlle. Roze obtuvo aquella noche un triunfo completo. La hicieron una ovacion en cuanto cantó la romanza del primer acto, *Notre dieu, notre épouse*, que es seguramente una de las mas bonitas inspiraciones de M. Auber, y en el acto segundo debió repetir la balada de las Djinns, que canta con una gracia indecible.

A nuestro juicio la obra general de M. Auber se concluyó en aquellos dos cantos de aquella partitura. Las dos piezas que formaban casi todo el papel de Mlle. Roze son características y acusan la inspiracion mas feliz. Parece que despiden como una especie de casta voluptuosidad, y cuando uno las oye se creeria trasportado al mundo ideal en donde se oyen los diálogos del ruiseñor y de la rosa durante las tibias lunas del verano. No hay ninguna pretension, ninguna exageracion de colorido. La frase es sencilla; algunas notas de las trompas se repiten en ella en eco límpido como las gotas de agua que caen en vasos de oro. Reboban una ternura y una melancolía imponderables, y M. Auber probó entonces que no obstante sus canas su corazon y su imaginacion no habian envejecido. Llamaron á las tablas á M. Auber que, no obstante su modestia, no pudo menos de presentarse ante el público entusiasta.

¡Qué lejos está todo esto de nosotros!

Sin embargo, nuestra memoria conserva vivas las impresiones de aquella noche, y ahora que M. Auber ha fallecido oímos todavía el eco de aquella música en que todo es frescura, gracia y buen gusto. Nunca olvidaremos las dos citadas piezas, tan maravillosamente cantadas por Mlle. Roze, y que hacian aun mas simpáticas no sabemos qué suave ternura, como si en aquellas preciosas melodias M. Auber hubiese querido decir adios á la música, que tan rara vez le fué infiel, un adios mezclado de sonrisas y de lágrimas.

M. Auber, miembro del Instituto, era director del Conservatorio de Paris desde hace muchos años.

M. C.

### El orgullo de un hombre.

Algunas leguas mas allá de Mezieres siguiendo el curso del río Mosa, se encuentra en un pais montuoso y pintoresco que conserva en toda su verdad el carácter primitivo de la antigua Ardenne. El río que ya muje y espumea entre inmensas rocas por medio de las cuales se ha abierto cauce, ya serpentea majestuoso y tranquilo por entre los verdes prados que vivifica, está siempre animado por infinitas barcas que lo surcan en todos sentidos. Bosques de encinas y de hayas (aquella especie de olivos del Norte) coronan de espacio en espacio las alturas á derecha é izquierda, dando al paisaje un triste sombrío y melancólico.

Elevan tambien como un gigante á la orilla del río una de aquellas rocas negras cortadas á pico, parecidas á los que con el nombre Damas se admiran en las hermosas cercanías de Gibet, oscureciendo con su sombra amenazadora las aguas pacíficas mientras algo mas allá se extiende libremente la vista sobre llanuras niveladas y cubiertas de espigas, mostrándose acá y allá antiguos castillos góticos de los que algunos sirven de asilo á las lechuzas y á los cuervos; otros han sido invadidos por la industria moderna y algunos se conservan aun en poder de sus antiguos dueños.

El de Sibry, hermoso edificio gótico de la buena época, situado no lejos del Mosa entre Monthermé y Fumay pertenecia á uno de aquellos antiguos señores.

El conde de Sibry, su propietario, par de Francia en tiempo de la restauracion, fué de los pocos que tuvieron la ventura de encontrar sus castillos al volver en la época del consulado, sobre poco mas ó menos en el estado en que los dejaron. Segun decian, aquel castillo fué edificado por un elector de Tréveris á quien pertenecia todo el distrito y el que lo regaló á Carlos Enrique de Wireux, primer conde de Sibry, en recompensa del gran servicio que le habia hecho librándole de un lobo monstruoso que iba á devorarlo en ocasion que habia caido del caballo mientras cazaba en el bosque; y la representacion de este hecho servia de fondo á las armas de los descendientes de Enrique de Wireux. Los escudos de piedra que adornaban las puertas y chimeneas del castillo, eran un lobo de plata en fondo de gules acuartelado con las armas del mismo elector y orleado todo con la divisa «non telo sed man» por alusion al modo con que el esforzado caballero habia dado muerte al lobo: referia efectivamente la crónica que Sibry le habia desecho la cabeza de una puñada, lo que no podia menos de lisongear á sus descendientes, ilustrando sobremanera su nombre.

Era el castillo un inmenso edificio de piedra negra flanqueado de torrecillas y cubierto de pizarra al uso del pais. Mucho tiempo antes de la revolucion ya habian desaparecido las antiguas fortificaciones que la defendian, viéndose los fosos cegados y convertidos en preciosos cuadros de flores que durante la risueña estacion embalsamaban el aire, y reemplazado el puente levadizo por una verja de hierro con puerta de lanzas doradas, por entre las cuales se dejaba ver un vasto patio empedrado al gusto del día conservado con extremo aseo. Las ventanas esculpidas habian trocado sus pequeños vidrios de color por anchos cristales, producto de las fá-

bricas inmediatas, y ni aun las veletas feudales habian conseguido librarse de la insolencia de los restauradores á pesar de la altura de las torres en que estaban colocadas, pues las habian dorado sin compadecerse del venerable orin que las cubria y puéstoles sin pudor prosaicos pararrayos por compañeros.

A pesar de las vandálicas renovaciones del siglo XIX, la vieja casa de Enrique de Wireux conservaba siempre aquel aspecto grave y severo que recordaba su origen. Sirviéndole de cuadro las masas de grandes árboles que componian el parque, el triste rojizo oscuro de sus paredes se unia bien con el espeso ramaje de las encinas seculares que se elevaban casi hasta la altura de las torres. Aquel parque construido en la época en que las fortificaciones fueron destruidas, no costó grandes desembolsos á los señores de Sibry; porque no tuvieron que hacer mas que cortar como en pieza entera el bosque de las Ardenas en cuyo centro estaba el castillo, y rodear con tapias el recinto que se reservaban; resultando de aquí que el parque no ofrecia en su forma ni estrellas ni paseos simétricamente alineados, encerraba los árboles mas antiguos y mas magníficos de la provincia, no contribuyendo poco el profundo y religioso silencio que reinaba en sus oscuras bóvedas á aumentar la impresion de melancolía y de grave respeto que inspiraba la vista del castillo.

Cual lo hemos indicado, el último conde de Libry, convencido despues de julio de 1830 de que la lucha contra el poder popular era inútil, al menos por algun tiempo, habia hecho dimision de sus honoríficos destinos y buscaba en la soledad asilo contra las ideas revolucionarias, porque rayaba ya en los setenta años y despues de una vida agitada, consumida parte en el destierro y parte en las tempestuosas discusiones parlamentarias, conocia la necesidad de acabar sus días en la tranquilidad de su techo hereditario.

Secretos pesares parecia que tambien habian inspirado al noble anciano odio profundo hácia la sociedad y sus ruidosos placeres; puesto que durante los seis meses del año en que el conde habitaba solo el castillo de Sibry ni un viviente atravesaba sus umbrales á excepcion de su criado de confianza tan viejo como el conde, de quien no se separaba nunca, el que le acompañaba en aquella inmensa habitacion, abrigo mas que sobrado para mas de veinte familias.

Sombrio y misterioso siempre, jamás se dejaba ver de sus campestres vecinos, y si los domingos un sacerdote iba á decir misa en la capilla del castillo, se retraba despues de haber saludado al conde, sin que este le dirigiera aquel clásico convite á comer la sopa tan apreciada por los buenos curas de aldea; probando esto que la misantropía del anciano patricio no conocia excepciones. Encerrado continuamente en una vasta biblioteca, donde no habia logrado introducirse ningun libro posterior á ochenta y nueve, pasaba su vida dedicándola á estudios desconocidos, que acaso no tenian otro objeto que el de distraerle de los dolorosos recuerdos que entristecian la tarde de su vida.

Pero sin embargo, todos los días seguido de su fiel Antonio, se paseaba á caballo en los sitios mas desiertos y silvestres de las cercanías, de los que bastaba para alejarle el saludo de cualquiera de los propietarios vecinos, cuya curiosidad excitaba, pues en este caso, despues de devolverlo con exquisita atencion, torcia las riendas y se volvia en derechura al castillo.

Con facilidad se concibe cuán triste y silencioso aparecia el castillo de Sibry mientras lo ocupaba solo el conde, entregado á semejante género de vida; mas llegada la estacion del verano, la antigua fortaleza mudaba enteramente de aspecto.

La condesa de Sibry, mucho mas jóven que su marido, puesto que apenas entraba en los cuarenta años, no habia podido como aquel separarse del mundo y renunciar á los placeres que Paris ofrece á una mujer todavía jóven, rica, noble y decorada con un título. Habitaba pues á Paris con su hija, linda y amable jóven recién salida del colegio, mientras que el viejo conde permanecia confinado en su castillo hasta en medio de los rigores del invierno. Luego que sonreia la primavera, las damas de Sibry llegaban con gran boato al castillo, siguiendo el impulso dado por la moda á los ricos ociosos de la capital.

Entonces todo cambiaba de aspecto, circulando en las galerías y en los anchos patios un tropel de lacayos y de «grooms» cubiertos de riquísimas libreas, y siendo convidadas á pasar algunos días en Sibry cuantas personas algo ricas, cuantos funcionarios un tanto cuanto elevados, y en fin, cuantas personas capaces de rechazar el fastidio encerraba la provincia.

Lejos de participar del gusto de la soledad de su marido, la condesa parecia no complacerse mas que entre el ruido y la agitacion; y así es, que todos los días reemplazaban nuevos huéspedes á los que se despedian, manifestando claramente la señora del castillo cuán agradable le era verse rodeada sin cesar de personas y caras distintas, esforzándose para atraerlas y conservarlas por medio de cuantas diversiones eran imaginables, con los mas variables placeres, y con la hospitalidad mas lujosa y magnífica.

Sin embargo de hallarse el castillo lleno de aquel confuso tropel de gente, el viejo conde no alteraba en lo mas mínimo su método ordinario de vida. Sombrio y misterioso para con su mujer, como para todo el mundo, permanecia encerrado en su habitacion sin dejarse ver de las personas extrañas que acompañaban á la condesa mas que una sola vez al día á la hora de comer. Entonces saludaba á sus huéspedes, cuyos nombres ignoraba casi siempre, aunque por cumplido le hubiesen sido

presentados del modo que la etiqueta exige; se sentaba á la mesa. respondía lacónicamente y en voz baja á las palabras que de vez en cuando le dirigían; y antes de concluir la comida, se levantaba, saludaba de nuevo á la sociedad, y se retiraba á su cuarto para no dejarse ya ver hasta el día siguiente á la misma hora.

Vivísima era la curiosidad que tan extrañas costumbres inspiraba á cuantos frecuentaban el castillo. Las preguntas y las suposiciones de nada sirvieron; por lo que y viéndose privados hasta de las mas vagas noticias, fué preciso abandonar las novelas que ya empezaban á formarse y persuadirse de que era cosa ya muy natural el humor poco sociable del conde que tanto habia llamado la atención á sus huéspedes. La tranquilidad de la condesa, la alegría de su hija y la confianza que demostraban los que habian disfrutado antes de la opulenta y libre hospitalidad de Sibry, no contribuyeron poco para que se obtuviese este resultado.

Por esto se contentaron con seguir tratando del modo mas atento y respetuoso al misterioso anciano que á nadie queria confiar sus secretos; y como en Sibry las fiestas continuas, la mesa excelente, el pais agradable y el parque estaba perfectamente poblado de caza, nunca faltaron convidados que al rededor de un banquete opíparo y suntuoso, olvidaban sin trabajo la figura triste y pensativa del dueño de la casa.

También es cierto, que si el conde se mostraba indiferente del todo á lo que pasaba á su alrededor cuando asistía á la comida en comun de los habitantes del castillo, habia un notable personaje, que los acontecimientos de esta historia darán á conocer mas en adelante, el que segun se decia era antiguo amigo del dueño del castillo, y en la actualidad, el encargado en hacer los honores de la casa.

Seria hombre como de cuarenta y cinco años, de exquisita urbanidad en sus palabras y en sus modales, y que parecia haber vivido siempre entre escogida sociedad, bien que su origen fuese enteramente desconocido, porque aunque se le nombraba el caballero de Cleremont, porque lo era de la espuela de oro, todos ignoraban la provincia de donde era originaria su familia, y ni siquiera era seguro que el título y apellido de que usaba, le perteneciese legítimamente; materias sobre las cuales hablaba siempre con suma reserva, hasta el punto de que jamás pudo arrancársele una respuesta algo clara á las preguntas que sobre ello solian dirigirle.

De cualquier modo, el hecho es, que el influjo era decisivo en la casa, ignorando todos de qué origen nacia, y que era un hombre astuto observador y reservado en cuyos ojos se veia pintada la penetracion, y cuyos labios sonreian siempre que se le dirigía la palabra. Verdaderamente el caballero de Cleremont era el alma de los placeres que se disfrutaban en Sibry, porque se atormentaba la imaginacion para inventar nuevas diversiones con que entretener á los huéspedes; mas su fertilidad era tanta, y tenia tal habilidad y destreza, que jamás le faltaron invenciones dirigidas á rechazar el fastidio, perdurable enemigo de los que habitan el campo. Hacia el fin de un hermoso día de verano, y con motivo de una cacería al reclamo que estaba preparada en el parque, se dirigieron los habitantes de Sibry por entre las bóvedas sombrías del bosque, hacia un claro en el que desde por la mañana estaban colocadas las redes.

El sol declinaba ya, y los cazadores, formando pequeños grupos, se dirigían hacia el lugar de la cita.

Las señoras de Sibry y algunos de los huéspedes habian salido antes de la carretela; de suerte que los que marchaban á pié al sitio indicado eran en su mayor parte funcionarios públicos subalternos ó propietarios acomodados de las cercanías.

Abria la marcha el comandante del cuerpo de gendarmes, hombre como de cincuenta y cuatro años, con una fisonomía franca y benévola, colosal estatura, extraordinaria obesidad, y que disfrutaba en la mesa de un apetito devorador casi increíble.

— ¿Qué decís, M. Ducoudray, de la cacería á que vamos á concurrir? le preguntó una dama seca y chiquitilla que apenas conseguía tocar con la extremidad de los dedos el brazo del viejo capitán.

— No sé qué deciros, señora, porque hablando con franqueza es la primera vez que voy á ver una de esta especie.

— Por lo que hace á mí, creo que no es mas que un pretexto del caballero para obligar á la sociedad á que haga ejercicio.

— Bien podrá ser.

— Es excelente sujeto ese caballero, muy atento, haciendo con suma perfeccion los honores del castillo, y mas amable mil veces que el señor conde de Sibry, al que no se le importa un bledo cuanto sucede en su casa; pero para eso tiene el caballero de Cleremont que le reemplaza á las mil maravillas. ¿No sé si me entendéis, comandante?

— Perfectamente, señora; pero me parece que sois un tanto cuanto meligna.

La dama chiquitilla dejó oír una risa entrecortada, que mas bien parecia un golpe de tos.

— ¿Qué tal os parece, Mlle. de Sibry? continuó diciendo.

— Preciosa.

— Lo mismo digo. Es el retrato completo de su madre; viva, alegre, sin poder estarse quieta jamás, y sin encontrarse bien sino en el sitio donde no está. Ya sabéis que se casa muy pronto con el duque de Saint C... jóven que posee doscientos mil francos de renta: es negocio concluido, y no queda duda en que será duquesa. ¿Qué lujo desplegará así que se case! Supongo que se

llevará consigo á esa especie de aya, á esa señorita Clotilde á quien no puedo sufrir.

— ¡Cómo! dijo el inofensivo comandante.

— Come lo digo. En cuanto al señor conde, aborrece tanto á las gentes que si se atreviera no bajaria á comer con nosotros.

— Pues creo que si se le pusiera en la cabeza hacerlo, se atreveria de sobra, respondió con su acostumbrada franqueza Ducoudray; no es la cortedad por cierto la que le contiene, porque á mi modo de ver hace tan poco caso de la voluntad de los otros como respeta la suya propia.

— Dicen que es un tirano.

— Lo ignoro, pero imagino que no ha de ser hombre que ceda fácilmente.

— Esos caracteres, señor comandante, hacen muy desgraciadas á las mujeres.

— Si hemos de juzgar por la suya, no creo necesite de mucha compasion.

— Porque nosotras sabemos sufrir; porque esa es nuestra herencia sobre la tierra.

— ¿Os habeis propuesto hacerme creer que también el pobre Monteil, vuestro marido, es una especie de monstruo?

Al decir esto se volvió á mirar á un sujeto vestido de negro y cruzado que marchaba á pocos pasos detrás de ellos. Era este M. Monteil, antiguo juez del tribunal civil de Sedan, pequenuelo de cuerpo, avellanado y provisto perpétuamente de un par de antiparras verdes que daban á sus estiradas facciones el aspecto de la mas singular pedantería.

En pos del caballero y de M. Monteil venia la familia de la Roselerie. M. de la Roselerie, relator del consejo; acababa de llegar con su mujer y una niña proponiéndose pasar algunos días en el castillo. Madama de la Roselerie era hija de un antiguo amigo del caballero y este habia sido padrino de la niña: los esposos Bernard cerraban la marcha. El empleo de inspector de aduanas que ejercía M. Bernard le daba grande importancia en aquel pais fronterizo, aunque á las primeras miradas se descubria en él un buen hombre, sin hiel y sin malicia, muy poco temido de los contrabandistas.

Llevaba del brazo á su dignísima costilla gorda y redonda como una bola, circunstancia que añadida á otras la convertia en objeto de las pullas y rechiflas de todos los burlones del castillo. Sin embargo, madama Bernard poseía un entendimiento bastante despejado; pero era tan sencillota y se expresaba de una manera tan ridícula, que ni viéndola ni oyéndola era posible de contener la risa. Agregábase á esto el extravagante capricho que la dominaba de colgarse cuantos díges se le venian á la mano y de reunir en su traje los mas encontrados colores. Como iba siempre á manera de buque empavesado, solia ir dejando muestras de sus galas por los matorrales y en las ramas de los árboles á cuyas inmediaciones pasaba: recuperarlas era despues embargo no poco difícil que desempeñaba pacientemente M. Bernard.

— ¡Válgame Dios, querida amiga, qué desgraciada eres, exclamaba aquel pobre hombre! ¿Vés acaso entre esas señoras alguna que tenga que se engarranche á cada paso cual te sucede á tí?

— Escucha, Bernard, si eso te incomoda, volvámolos al castillo y mas que de paso, pues en ello me darás por medio del gusto, porque has de saber lo que es á mí no me agrada correr la posta. Si he venido ha sido nada mas que por complacerte, con que hazme el favor de proceder conmigo del mismo modo. ¿Acabará de recogerlo?

— Se recogió.

— ¿Se ha rasgado algo?

— No.

— ¡Qué felicidad!

Ya charlando, ya disputando entre sí, ya riéndose, los huéspedes se adelantaban poco á poco hacia el lugar de la cita, cuando un suceso imprevisto vino á interrumpir todas las conversaciones. Despues de haber seguido algunos momentos la gran avenida del parque, los paseantes dirigidos por el caballero habian tomado otra calle mas estrecha embarazada por una multitud de avellanos y bruseos, sobre los cuales las seculares encinas formaban con sus ramas una bóveda baja y espesa; paraje intransitable para carruajes, pero que debia sin duda acortar el camino: seguíanle todos cuando con admiracion divisaron á lo lejos dos personas á caballo con las que era preciso cruzarse. Detuviéronse para que pudieran pasar, porque habian conocido que las tales personas eran nada menos que el conde de Sibry y su viejo é inseparable criado. Marchaba el conde sumido en profundas meditaciones con la cabeza inclinada sobre el pecho, confiando á su noble y vigoroso caballo el cuidado de salvar las ramas parásitas que muy á menudo interceptaban la vereda, sin advertir la numerosa sociedad que tenia enfrente, cuando al pasar un puente el ruido que hacia el torrente espantó al caballo que se encabritó.

El anciano á quien el inesperado movimiento sacó de la distraccion en que estaba, levantó la cabeza y vió entonces á sus huéspedes que agrupados á un lado y otro del camino le abrian paso. Sus facciones expresaron disgusto en el primer momento; pero el hombre de fina educacion se sobrepuso al misántropo; y entonces paró el caballo, se apeó, y entregando las riendas al criado se dirigió á los que le esperaban con muestras de respeto. Era el conde de Sibry un anciano majestuoso y lleno de dignidad en su aspecto: al verle se notaba que ni la edad ni los pesares que sin duda habian acibarado su vida, habian podido ni doblegar su altiva estatura ni inclinar aquella cabeza cubierta de venerables

canas tan orgullosamente colocadas sobre sus anchos hombros. Sus ojos, de un azul oscuro, estaban aun llenos de fuego y conservaban aquella mirada fija é impo- nente que pesa como el plomo sobre los que la provocan; pero una expresion doliente y profundamente melancólica instigaba lo que habia en ella demasiado severo.

Multiplicadas arrugas surcaban sus sienes y sus carrillos: su cabeza no se inclinaba, por lo menós estaba trémula, y la frente, aunque pura y tersa, se mostraba calva en el sitio en donde pretenden reside la inteligencia: en fin, examinando con atencion al conde de Sibry, se advertia bien pronto que si su alma habia podido resistir á los destrozos que causan el tiempo y las pasiones, su cuerpo, aunque en pié todavia, se hallaba amenazado de una próxima ruina.

El traje que usaba no podia ser mas sencillo para su clase. Componíase de un sobretodo abotonado hasta el cuello, un pantalon de casimir negro, botas de montar con espuelas de plata, y un sombrero ancho de alas. En cuanto á condecoraciones nunca llevaba mas que la de la orden de San Luis, de la que era uno de los mas antiguos dignatarios; y en oposicion con el caballero de Clermont no se veia en él la mas pequeña alhaja que recordase su alta alcurnia y su opulencia; únicamente llevaba en la mano un látigo cuyo puño de oro macizo representaba la cabeza de un lobo tan groseramente trabajada, que se conocia muy bien ser herencia de sus antepasados.

Dirigióse al caballero, que acaso era la única persona de las presentes conocida suya, y le dijo con gracia y urbanidad:

— Vamos, caballero, ¿continuamos siempre en movimiento para divertir á nuestros huéspedes? En verdad os debemos gracias por el esmero con que procurais hacerles olvidar que el dueño de Sibry es un anciano enfermizo y regañon, incapaz de hacer por sí mismo los honores de su casa. Creo, sin embargo, añadió dirigiendo una amable sonrisa á los que les escuchaban, que viendo mi falta tan perfectamente suplida, estas señoras y estos caballeros no habrán notado que dejo de cumplir cual quisiera con los deberes de la hospitalidad.

— No cabe en mí ni la presuncion ni la idea de hacer olvidar vuestra ausencia, señor conde, respondió el caballero de un modo frio y ceremonioso bien extraño entre tan antiguos amigos; pero al menos hago cuanto puedo para llenar vuestros deseos y los de mi señora la condesa, á fin de hacer lo mas agradable posible la habitacion de Sibry.

— Y la señora condesa y yo os lo agradecemos sinceramente, respondió el conde bajando ligeramente la cabeza; pero ¿qué es lo que hoy tenemos entre manos? No veo...

— Las señoras se han adelantado en el coche, respondió el caballero, adivinando su pensamiento. Sin duda nos esperan ya en el gran claro del parque, en donde vamos á tener una caza de pajarillos.

— Perfectamente: mucho siento no poder acompañaros para saludar á la condesa y abrazar á la señorita de Sibry; mas estoy cansado del paseo, y ese sitio se halla todavia bien distante de aquí.

— Sí, señor, exclamó de repente madama Bernard, que ya hacia tiempo se abrasaba por tomar parte en la conversacion; tenéis mucha razon: hace una hora que me canso en decir á mi marido cantado y rezado que no me haga correr la posta. Si tienes tanta prisa anda delante, y déjame en paz.

Mejor habria sido para la pobre mujer haber continuado guardando el respetuoso silencio que observaban los demás. Todas las miradas se dirigieron hacia ella y las del conde particularmente manifestaban tal irritacion que la habladora permaneció muda é inmóvil como una estatua.

El conde de Sibry volvió á sonreirse, y dirigiéndose á la sociedad, mientras hacia señas á su criado para que le trajese el caballo, dijo con fingida alegría:

— No os detendré mas, señores, la caza os llama y los pajarillos están impacientes por vuestra tardanza... Mucho me alegraré cuando sepa mañana que os habeis divertido bien.

Hablando así saludó, montó á caballo y partió á galope, separándose de la sociedad que tomaba la direccion opuesta para dirigirse á su destino.

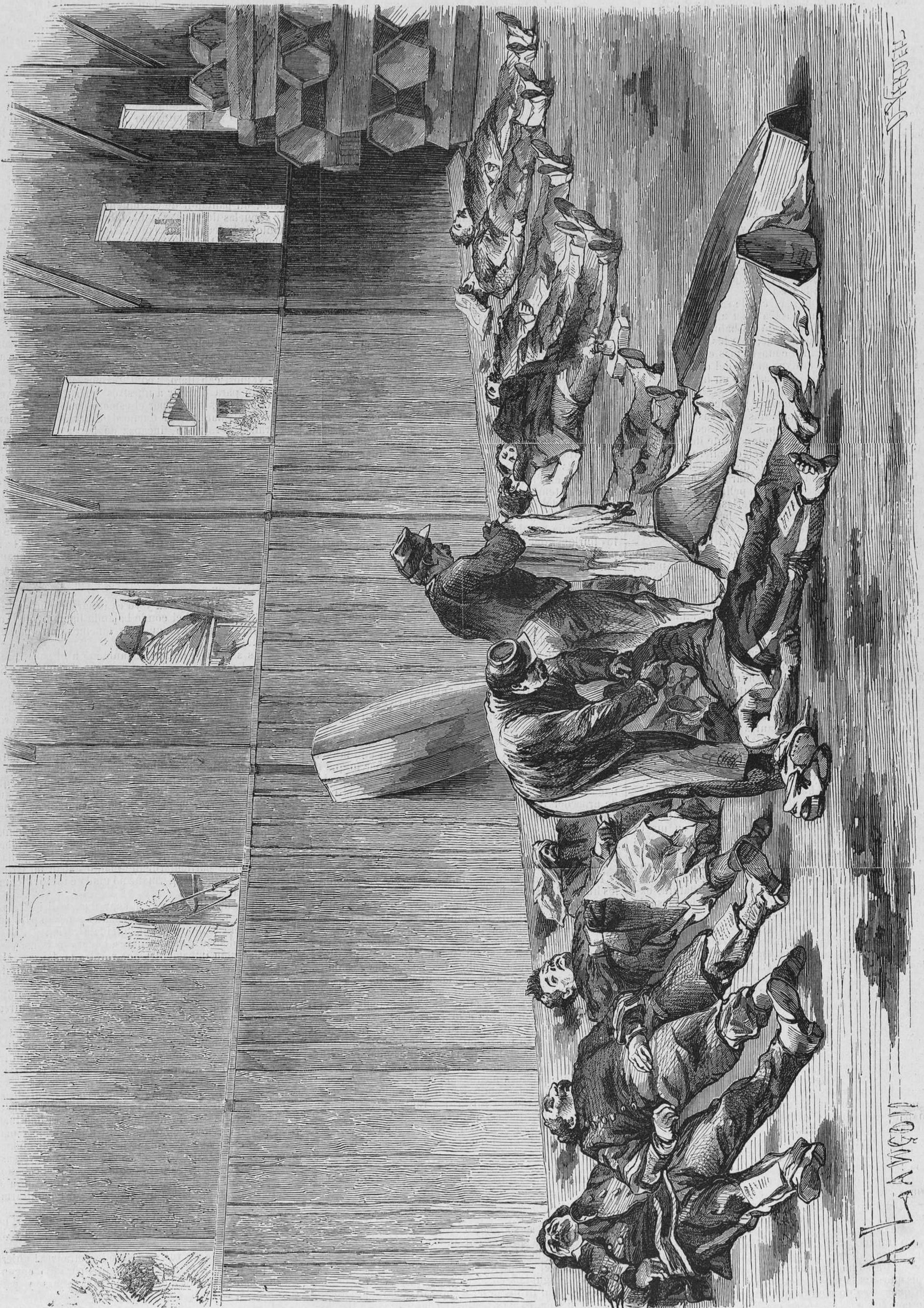
Luego que los últimos grupos desaparecieron detrás de los árboles situados del lado de allá al bosquecillo, el conde que parecia entregado á una viva agitacion interior refrenó repentinamente el caballo y llamó en tono colérico al viejo criado, que á pocos pasos le seguia. Antonio se aproximó con celeridad, y al llegar cerca de su amo observó que sus facciones habian vuelto á tomar la expresion de melancolia que les era habitual, notando con espanto que aquel rostro tan noble y majestuoso presentaba los indicios de una rabia que apenas podia contener. En efecto, el conde le dijo con voz áspera, y apretando convulsivamente la brida del caballo:

— ¿Por qué no me habeis advertido, señor Antonio, que tomando esta vereda me arriesgaba á encontrarme con él y con esa rúca de ciudadanos?

— Señor conde, contestó tímidamente el criado, no me habia dicho hacia qué parte se dirigia hoy la caza, y...

— Basta, ¡que no vuelva á suceder otra vez! quiero saber por dónde andan él y los otros para no encontrarme con ellos. Sea dicho esto para ahora y para siempre.

(Se continuará.)



V. VERDELL

A. LA VIGNON

LAS AMBULANCIAS DE LA PRENSA. — Sala de los muertos recogidos en un día de combate.

**Las Ambulancias de la Prensa.**

Varias veces hemos hablado aquí de los servicios prestados por las ambulancias, no solo durante el sitio sino desde el día en que la guerra civil ha venido á añadir sus horribles males á los de la invasion prusiana. Las Ambulancias de la Prensa han merecido de nuevo en tan triste ocasion las mas cumplidas alabanzas.

Todo el numeroso personal de esos filantrópicos establecimientos, médicos y enfermeros, se han impuesto el deber de cuidar con imparcialidad á los heridos de los dos partidos, sin hacer distinciones de adversarios en esta espantosa discordia de familia.

Hasta los alemanes, testigos de esta guerra cruel que se hacen los franceses, rinden homenaje á todas las ambulancias y con especialidad á las de la prensa, y declaran unánimes que ven con admiracion en medio de los heridos cómo los médicos reparten sus cuidados sin ninguna preferencia política.

Las ambulancias desorganizadas despues del armisticio y, mal restablecidas, puesto que se creia concluido todo, no se han reconstituido como estaban, por punto general; pero en la Ambulancia de la Prensa no se habia interrumpido el servicio, y desde el primer dia los heridos han podido recibir en el establecimiento los auxilios del doctor Demarquay y de todos cuantos le secundan en su obra. Cuarenta jóvenes elegidos entre los más inteligentes trabajan en derredor del doctor Demarquay, que se halla siempre presente vigilando y dirigiendo. Setecientos heridos, entre los cuales mas de seiscientos son padres de familia, han entrado en las salas hospitalarias de la institucion, donde se respira el aire saludable del campo. Las esposas, hijos y demás parientes pueden visitarlos.

Pronto se conoce cuando la familia es pobre, que una madre de familia se presente allí con sus hijos, que en sus vestidos aseados se noten la dignidad, el orden y el pudor de las nobles afecciones, y al punto se cambia una mirada, las manos discretas reúnen un poco de oro, y la pobre madre se vuelve á su casa socorrida, sabiendo además que aquel á quien ha dado su corazón, está bien cuidado, y que una vez sano le quedarán verdaderos amigos, buenos consejos y trabajo provechoso.

Con todo esto el herido recobra mas pronto la salud. En la mesita que tiene á su lado dejan las flores que le han traído sus hijos.

Tal es la obra de la Ambulancia de la Prensa, que

tiene asimismo sus horas de tristeza y su sala de muertos.

Dos salas hay para los muertos; una para los heridos que han sucumbido en la ambulancia, y otra para los muertos recogidos en el campo de batalla. Estos últimos se reúnen en la sala en la actitud en que les dejó la muerte. Los parisienses llegan á reconocerlos y cuando no, sacan su fotografía. Cada noche entra en la casa el tenebroso cortejo. Es un cuadro de espanto y de horror que se refleja en nuestro grabado. En el fondo de la sala

tesco sainete que hace dos meses se está representando á vista y paciencia de la Commune. En cuanto el Comité Central se hubo instalado en el Hotel de Villa, los hombres de orden de la guardia nacional, los ricos y los *francs-fileurs* del sitio que apenas estaban de vuelta, repetian á porfia este dicho célebre: « Es el momento de mostrarse, eclipsémonos. »

El servicio de las trincheras, lejos de detener á los recalcitrantes, no servia mas que para inspirarles nuevos expedientes de fuga. Véase el dibujo que figura en esta página.

El sueño del guardia nacional comprendido en aquellas clases, cuando estaba de servicio, era trasladarse á la otra parte de las fortificaciones.

De repente una idea luminosa le infunde la esperanza. ¿Qué se necesita para esa travesía? Una simple cuerda.

Con efecto, muy luego se encuentra la cuerda, y los centinelas, uno tras otro, van bajando al foso que es como si dijéramos, la llave de los libres campos.

Los medios de escapatoria que se han imaginado, son indecibles.

Aquí se ve un joven haciendo el inglés como en un teatro; allí entre un carro de muebles se esconde un fugitivo.

Citemos una anécdota muy curiosa:

Una señora tenia un hijo de veinte años, imberbe, delicado como un querubín y tan bonito, que podía dar envidia á muchas señoritas.

Ahora bien, la madre que le queria librar de las garras de la Commune, se decide á vestirle de mujer, y de aquí que las dos viajeras entran en la estacion del camino de hierro.

Abrese el despacho de billetes. La señora y su *niña* habian tomado muchas precauciones, pero ¿quién puede estar en todo?

Sin duda por la fuerza de la costumbre, la *señorita* se acerca á pedir los billetes y se dispone á tomarlos con el índice y el pulgar amarillos como el ocre.

— ¡Señorita! exclama el federado de planton; ¿conque fuma Vd. cigarrillos? Mucho le agradecería á Vd. que me diera tabaco para mi pipa.

La señorita se pone encarnada como una amapola.

Pero la madre que comprende el peligro, se apresura á decir:

— En casa todos fumamos y me va usted á hacer el favor de aceptar un mazo de cigarros.

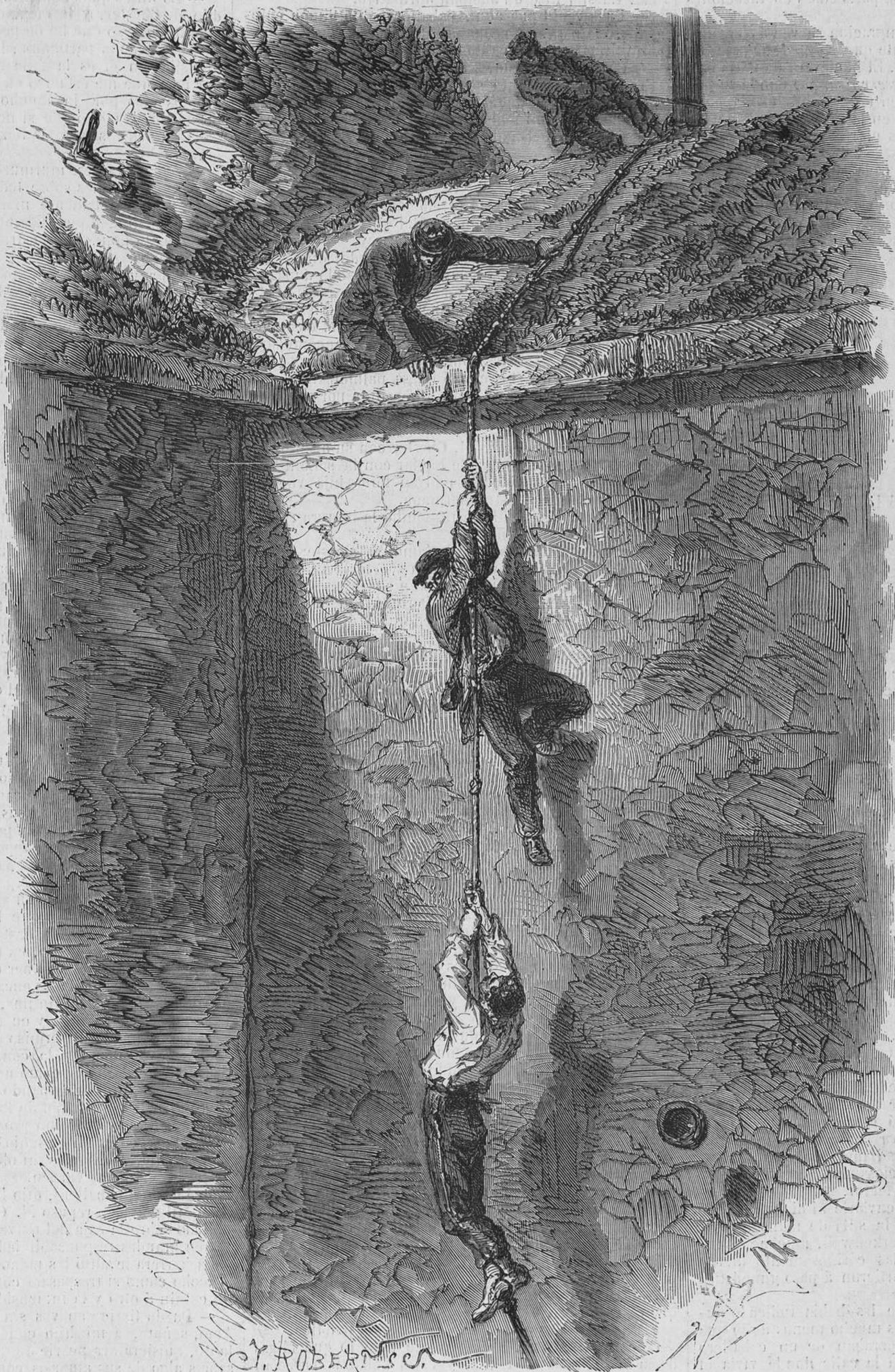
La señora sale y vuelve al instante con un mazo de cigarros de la Habana.

— ¡Oh! señora, exclama el federado confundido con el obsequio.

— Vamos, vamos, replica la madre; no se repara entre fumadores.

— Pues señora, acepto, dice el planton devorando con los ojos los cigarros.

Y la madre y su *hija* pasan adelante.



GUERRA CIVIL. — Una fuga de guardias nacionales desertores del servicio de la Commune

hay un monton de féretros. ¡Quiera Dios que no sirvan todos!

R. S.

**Los fugitivos.**

¡Los fugitivos! Junto á la sangrienta comedia, el gro-

Tambien se ha hablado de ciertos viajes tenebrosos por las alcantarillas, y hay historias de gendarmes que suponen haber visto salir estos dias por las bocas del gran colector; pero estas odiseas nos parecen cuentos fantásticos y poco interesantes.

En resumen, lo que sí es cierto, es que se ha ido tanta gente que la gran capital no es otra cosa que la sombra de sí misma. Un poco mas y Paris se asemejará al Padre Lachaise. Es raro ver transeuntes en las calles.

Los fugitivos no emprenden largos viajes. Detrás del ejército de Versalles se extiende un inmenso cerco de pueblecillos, hoy poblados de parisienses en vacaciones forzosas.

Las notabilidades de la emigracion se van á Versalles á aumentar el mundo elegante que se ha refugiado en la antigua corte de Luis XIV. El boulevard de Paris está entero y verdadero en los *Reservoirs*, por donde se pasean hoy todos los que tienen un nombre en la política, en la administración y en la prensa. ¡Qué de lamentaciones se oyen allí! Es el *super flumina Babylonis* de la emigracion.

Pero la esperanza crece cada dia. Se cuenta con volver pronto y á la verdad, hay fundamento para creerlo así, porque la solución está muy próxima.

R. DE M.

### Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. -- Véase el número 958.)

— No me opondré á vuestra conferencia, no, dijo M. Chester con la mas fina cortesania. ¡Plegue á Dios que tenga para los dos satisfactorios resultados! Buenas noches.

Y dirigiendo al herrero la sonrisa mas seductora, salió del aposento.

— ¡Qué hombre tan grosero y antipático! dijo para sí cuando estuvo en la calle. Es un verdadero oso mal domesticado, y lleva consigo mismo su castigo. Hé aquí una de las inapreciables ventajas de saber uno dominar sus propias inclinaciones. Tentado he estado en nuestras dos cortas entrevistas de sacar la espada y reñir con él. De seguro que de seis hombres los cinco hubieran cedido á este impulso, pero al reprimir la mia le he causado una herida mas profunda que si fuera yo el mejor espadachin de Europa y él el mas torpe. Eres el último recurso del hombre de talento, dijo acariciando el puño de su espada, y no debemos echar mano de tí hasta haber agotado todos los esfuerzos. Si se principiase por desenvainarte, se daría demasiado placer á los adversarios; es un proceder de maton, propio tan solo de hombres bárbaros, pero enteramente indigno de un caballero bien educado.

Y se sonrió de una manera tan agradable al comunicarse á sí propio estas reflexiones, que un mendigo se animó á acompañarle para pedirle limosna y seguirle los pasos largo rato. A M. Chester le causó sumo placer este incidente que consideró como un homenaje al poder de su fisonomía, y para recompensarle le permitió que le escoltase hasta que llamó una silla de manos; entonces le despidió graciosamente con un

— ¡Dios os asista! lleno de fervor.

— Esto cuesta tanto como enviarle al diablo, añadió juiciosamente sentándose en la silla de manos, y cae mejor á la fisonomía... ¡A Clerkenwell, muchachos!

Estas palabras pronunciadas cariñosamente dieron alas á los dos hombres que partieron á paso gimnástico hacia Clerkenwell.

Al apearse en el punto que les habia indicado durante el camino, y pagándoles mucho menos de lo que aquellos buenos hombres esperaban de un caballero tan lujoso y amable, entró en la calle donde vivia el herrero y se paró muy pronto bajo la sombra de la llave de oro.

Simon Tappertit que trabajaba con luz en un rincón de la tienda, no reparó en la presencia del caballero hasta que una mano que se apoyó en su hombro le hizo volver la cabeza estremeciéndose.

— La industria, dijo M. Chester, es el alma de los negocios y la base de la prosperidad. Señor Tappertit, espero que me convidareis á comer cuando seáis lord corregidor de Lóndres.

— Caballero, dijo el aprendiz dejando el martillo y frotándose la nariz con el dorso de la mano tiznada de hollin, desprecio al lord corregidor y todo cuanto concierne á su persona. Hemos de tener otro estado social antes que me veais ser alcalde corregidor. ¿Estáis bueno, caballero?

— Estoy mucho mejor, señor Tappertit, desde que vuelvo á ver vuestro rostro lleno de honradez y franqueza. Y vos ¿estáis bueno?

— Estoy tan bueno, caballero, dijo Simon levantándose para hablar al oído á M. Chester, como puede estarlo un hombre bajo el imperio de las vejaciones á que me veo expuesto. La vida me es una carga, y si no fuera por la idea de la venganza, me la jugaria el dia menos pensado á cara ó cruz.

— ¿Está en casa la señora Varden?

— Está, respondió Simon lanzándole una mirada de concentrada expresion. ¿Deseais verla?

M. Chester hizo un ademán afirmativo.

— Pues venid por aquí, caballero, dijo Simon enjugándose la cara con el mandil de cuero, seguidme. ¿Me permitireis que os diga dos palabras al oído?

— Con mucho gusto.

Tappertit se levantó sobre la punta del pié, acercó sus labios al oído de M. Chester, retiró la cabeza sin decir nada, le miró fijamente, volvió á aproximar los labios al oído del noble, retiró otra vez la cabeza, y dijo por fin:

— Su nombre es José Willet, ¡Chist! No os digo mas.

Y despues de hacer esta revelacion, indicó á M. Chester que le siguiera á la puerta del comedor, donde le anunció con el tono de un ujier del rey.

— M. Chester, y no el señor Eduardo, dijo Simon lanzando otra mirada al comedor y añadiendo á manera de posdata de su cosecha: Es su padre.

— Su padre, señorita Varden, dijo M. Chester entrando sombrero en mano cuando advirtió el efecto de esta última explicacion, que no quisiera incomodaros en vuestras ocupaciones domésticas.

— ¡Bien! ¡Bravo! exclamó Migss palmocheando. ¿No lo he dicho mil veces? Toma á la señora por su propia hija. ¿Y quién lo duda? ¿Quién no diria que es tan jóven como Dorotea?

— ¿Será posible? dijo M. Chester con su acento mas amable. ¿Tengo el honor de hablar con la señora Varden? Estoy confundido. Esa jóven no es hija vuestra, no es posible; es vuestra hermana.

— Es mi hija, caballero, respondió la herrera ruborizándose como una niña.

— ¡Ah! señora Varden, exclamó M. Chester. ¡Ah! señora; no se puede quejar de su suerte la mujer que tiene la ventaja de reproducirse en sus hijos sin cesar de ser tan jóven como ellos. Permitid que os abrace como se hace en el campo, señora, y á vuestra hija igualmente.

Dorotea manifestó alguna repugnancia en acceder á esta ceremonia, pero su madre la reprendió severamente é insistió para que no se hiciese de rogar, porque el orgullo, añadido con tono patético, es uno de los siete pecados capitales, en tanto que la humildad es una virtud. Por esto quiso que Dorotea se dejase abrazar en seguida, so pena de causarle un gran disgusto; insinuó al mismo tiempo que todo lo que veia hacer á su madre podia hacerlo con toda seguridad de conciencia sin tomarse el trabajo de discurrir sobre este punto, lo cual seria por otra parte una falta de respeto, y por consiguiente una infraccion del catecismo de la Iglesia establecida.

Despues de esta reprimenda Dorotea accedió, aunque haciéndose la remolona, porque habia en el rostro de M. Chester una mirada de admiracion sobrado pronunciada, cuyo atrevimiento trataba de moderar sin embargo una sonrisa muy cortésana.

Quedóse, pues, con los ojos bajos despues del abrazo sin atreverse á mirar al caballero, el cual la contempló con ademán de aprobacion, y dijo volviéndose hacia la madre:

— Mi amigo Varden, á quien he conocido esta misma noche, debe ser un hombre muy feliz, señora Varden.

La herrera exhaló un profundo suspiro y meneó la cabeza.

Migss suspiró tambien como un eco.

— ¿Será posible? dijo M. Chester con compasion. ¡Cielos! ¿qué me decís?

— El amo haria muy mal, caballero, murmuró Migss acercándose de puntillas á M. Chester, en no manifestarse tan agradecido como lo permite su carácter por todo el mérito que puede apreciar en las personas que le pertenecen; pero ya sabeis, caballero, añadió Migss mirando oblicuamente á la herrera y enlazando su discurso con un suspiro, que muchas veces solo apreciamos lo que poseemos cuando lo perdemos. Tanto peor para los que desconocen el mérito de lo que poseen y que debe heredar el cielo algun dia para siempre.

Y Migss alzó los ojos al techo con tono patético.

Como la herrera oia claramente todo lo que Migss decia con aplicacion á ella, y estas palabras parecian presentar en términos metafóricos un presagio ó una predicción y anunciarle que en un período cualquiera, pero prematuro, sucumbiria á sus penas y volaria al seno del Señor, empezó en seguida á sentirse mala, y tomando de una mesa inmediata un tomo del *Manual protestante*, apoyó en él su brazo como si ella fuera la Esperanza y aquel libro su áncora.

M. Chester adivinó sus pensamientos, y leyendo en la cubierta del tomo el título de la obra, lo sacó con finura de debajo del brazo de la herrera y dijo hojeándolo:

— Es mi libro favorito, señora. ¡Cuántas veces, sí, cuántas veces en su mas tierna edad, en la época anterior á sus recuerdos (esta cláusula era verdadera), he sacado lecciones de moral de las páginas del *Manual* para mi querido hijo Eduardo! ¿Conoceis á Eduardo?

— Tengo ese honor, y es un jóven bello y gracioso.

— Sois madre, señora Varden, dijo M. Chester tomando un polvo, y sabeis lo que siento cuando lo elogian. Me causa muchos disgustos, muchos; es de un carácter inconstante, señora; vuela de flor en flor, de amiga en amiga, pero en la edad que tiene se puede ser mariposa, y no tenemos razon para ser severos por semejantes calaveradas.

M. Chester miró á Dorotea que escuchaba con atencion.

Era casualmente lo que deseaba.

— Lo único que encuentro en el carácter de Eduardo, dijo M. Chester, y la mencion de su nombre me recuerda de paso que he de pedir os el favor de un minuto de conversacion particular; lo único que encuentro reprehensible en él es la falta de sinceridad. Ahora bien, por mas que me esfuerzo en disfrazar la verdad á mis propios ojos por lo mucho que quiero á Eduardo, no es menos cierto que si no somos sinceros no somos nada... nada sobre la tierra. Seamos sinceros, señora.

— Y protestantes, murmuró la herrera.

— Y protestantes sobre todo. Seamos sinceros y protestantes, estrictamente morales, estrictamente justos, aunque inclinándonos siempre hacia la indulgencia, estrictamente honrados y estrictamente verídicos, y seremos buenos.

— Hé aquí un perfecto modelo de honradez, pensó la herrera, hé aquí un hombre lleno de dulzura y rectitud, un perfecto cristiano. Despues de haber conquistado esas cualidades tan difíciles de adquirir, despues de haberse hecho suyas todas las verdades cardinales, no da la menor importancia á tan preciosa adquisicion y hace ver que ni siquiera conoce el valor de tesoros tan preciosos.

Porque la buena herrera no cayó en la cuenta (siempre lo hacen así las buenas mujeres y generalmente todos los hombres de bien) de que no deben tomarse al pié de la letra esas declaraciones de desprecio de sí propio, ese escaso valor que se da á las grandes prendas que se poseen, ese modo de decir: «No soy orgulloso, soy lo que queráis, pero no me creais por eso mejor que los demás; cambiemos de conversacion.»

Advirtiéndole la impresion que habia producido (y pocos habia tan astutos como él para advertirlo), M. Chester continuó su peroracion exponiendo varias máximas virtuosas, aunque algo vagas y generales, pero dichas con una voz tan cariñosa y con una calma de espíritu y una serenidad tan raras, que conseguian el mismo objeto que si hubiesen sido nuevas y convincentes.

Y esto no es de extrañar, porque, del mismo modo que un vaso vacío produce al caer un sonido mucho mas musical que estando lleno, se ve con frecuencia que las opiniones huecas y frágiles son las que gustan mas en el mundo y tienen mas eco.

M. Chester con el libro en una mano indolentemente tendida y puesta la otra mano en el pecho, habló de la manera mas deliciosa, y encantó á sus oyentes á despecho de sus intereses y de sus pensamientos. Hasta Dorotea, que entre la mirada penetrante de M. Chester y los ojos fascinadores de Tappertit estaba desconcertada, no pudo menos de confesar para sus adentros que nunca habia visto un caballero de palabras tan melosas; hasta Migss, que luchaba entre su admiracion hacia M. Chester y los celos mortales que le inspiraba Dorotea, tuvo tiempo para sosegarse, y hasta Tappertit, aunque ocupado, como hemos dicho, en contemplar las delicias de su corazon, no pudo sustraer completamente sus pensamientos de la voz del otro encantador. La herrera, segun su opinion personal é íntima, nunca se habia aprovechado tanto de su vida, y cuando M. Chester, levantándose y solicitando el permiso de hablarla en particular, la ofreció su mano y la condujo á la sala del primer piso, le consideró casi como un ser sobrehumano.

— Señora, dijo estampando un beso en la mano de la herrera, tened la bondad de tomar asiento.

La herrera se sentó con prosopopeya cortésana.

— ¿Sospechais mi designio? dijo M. Chester acercando una silla, ¿adivinais mi objeto? Soy un padre lleno de ternura, señora Varden.

— Lo creo, caballero, dijo la herrera.

— Mil gracias, repuso M. Chester dando golpes con el dedo sobre la caja del polvo. Los padres y las madres tienen grandes responsabilidades morales, señora.

La herrera levantó las manos, movió la cabeza y miró el techo como si traspasara con sus miradas el globo de un confin á otro y la inmensidad del espacio.

— Puedo fiarme en vos sin reserva, dijo M. Chester. Amo, señora, á mi hijo con ternura, y como le amo tanto, quisiera arrancarle de una perdicion segura. Vos sabeis algo de sus amoríos con la señorita Haredale, y le habeis apoyado, en lo cual habeis dado pruebas de vuestra bondad. Os estoy muy agradecido, profundamente agradecido por el interés que por él os habeis tomado, pero os aseguro que os habeis equivocado.

— Lo siento en el alma, dijo la herrera.

— ¿Lo sentís, señora? repuso M. Chester interrumpiéndola. No os arrepintais de una cosa tan amable, tan buena en la intencion, tan digna de vos. Pero existen graves y poderosas razones, apremiantes consideraciones de familia, y hasta haciendo omision de ellas, dificultades en la diferencia de religion que se oponen á sus sentimientos y hacen imposible, enteramente imposible su union. Hubiera expuesto estas circunstancias á vuestro esposo: pero, perdonadme si os hablo con tanta franqueza, no tiene vuestra comprension admirable para apreciar las cosas ni vuestro profundo sentido moral...

¿Qué aspecto tan agradable tiene esta casa, y qué aseo, qué órden tan admirable reina en ella! Para un hombre como yo, viudo hace tantos años, estas muestras de la solicitud y la vigilancia de una mujer tienen inexplicables atractivos.

La herrera principió á creer, sin saber por qué, que Eduardo debía tener culpa y que su padre debía tener razón.

— Mi hijo Eduardo, repuso el tentador con el ademán mas seductor, ha merecido, según me han contado, el apoyo de vuestra amable hija y de vuestro esposo, que es franco como el que mas.

— Pero no ha merecido siempre el mío, caballero, dijo la herrera. He tenido siempre mis dudas, porque...

— Es un mal ejemplo, dijo M. Chester terminando la frase, sí, no hay que dudar, es un mal ejemplo. Vuestra hija se halla en una edad en que se debe evitar poner á su vista el apoyo de jóvenes que se rebelan contra sus padres hasta un punto de la mas alta importancia; es un acto muy imprudente. Teneis razón, señora. También yo debí caer en esto, pero confieso que no me habia ocurrido una idea tan natural. ¡Ah! señora, vuestro sexo es superior al nuestro en penetración y sagacidad.

La herrera tomó un ademán tan grave como si realmente hubiese dicho alguna cosa que mereciera este cumplido, y acabó por convencerse de que era suya la idea que acababa de apuntarle M. Chester, con lo cual creció la buena opinión que tenia de su talento.

— Señora, dijo M. Chester, me alentais á hablaros con franqueza. Mi hijo y yo no estamos de acuerdo sobre este punto, y en el mismo caso se hallan Emma Haredale y su tutor. En una palabra, Eduardo está obligado en nombre de sus deberes de hijo, de su honor y de los lazos mas solemnes á casarse con otra.

— ¿Estaba comprometido con otra señorita? dijo la herrera alzando las manos.

— Señora, ha sido educado, instruido y formado expresamente con este proyecto. Me han dicho que la señorita Haredale es bella y encantadora.

— Figuraos si debo conocerla cuando yo he sido su nodriza; es la joven mas perfecta que conozco.

— No lo dudo, me guardaré muy bien de dudar. Y vos que habeis tenido tan tiernas relaciones con ella, estais mas que nadie obligada á consultar su felicidad. ¿Cómo puedo pues, según he dicho á Haredale que es de mi misma opinión, cómo puedo permitir, aunque pertenezca á una familia católica, que se eche en brazos de un joven que por ahora carece de todo sentimiento de corazón? No creo injuriarle diciendo que carece de todo sentimiento, porque son raros los jóvenes abismados en el fondo de las frivolidades mundanas que los tengan. El corazón no se les forma jamás, señora, hasta los treinta años, y no creo que yo tuviera un corazón verdadero en la edad de Eduardo.

— Caballero, dijo la herrera, creo que lo teniais; es demasiado grande y noble el vuestro ahora para que entonces no lo tuvierais.

— Confío en Dios, creo... espero, respondió bajando los ojos con humildad, que tengo corazón. Pero volviendo á Eduardo, no dudo que habeis pensado, cuando teniais la bondad de intervenir en su favor, que no hacia toda la justicia que se merece á la señorita Haredale; es muy natural. Pero no era así, señora, porque únicamente culpaba á Eduardo.

La herrera quedó asombrada al oír esta revelación.

— Si cumple como hombre de honor la promesa solemne de que os he hablado antes (y es preciso que sea hombre de honor, querida Varden, ó no seria hijo mío) le viene una gran fortuna á las manos. Con sus hábitos de gastar y de arruinarse, si en un momento de capricho y de tenacidad se casara con esa señorita y se privara de este modo de los medios de satisfacer los gustos á que hace tanto tiempo está acostumbrado, despedazaria el corazón de esa tierna é inocente criatura. Señora Varden, querida amiga mía, vos misma sentenciareis, á vos tan solo apelo en este negocio. ¿Puede una mujer hacer tal sacrificio? El corazón de una mujer ¿es cosa que se deja tratar tan á la ligera? Interrogad el vuestro, señora, interrogadlo; hacedme este favor.

— Este caballero es un santo, pensó la herrera, y añadió en alta voz y con mucha ingenuidad. Pero si quitais á Emma el objeto amado, ¿qué será, señor, del corazón de esa pobre niña?

— La observación es justa, respondió M. Chester sin desconcertarse, y á este punto queria conducirlos. Un casamiento con mi hijo, que me veria obligado á desaprobar, no tendria mas consecuencia que largos años de miseria; pero estoy seguro, señora, de que se separarian al cabo de un año. El romper estas relaciones, que están fundadas en un amor mas imaginario que real, como vos y yo lo sabemos muy bien, costará tan solo algunas lágrimas á esa pobre niña, pero esto no impedirá que sea despues muy dichosa. Juzgado por lo que sucede con vuestra hija, esa niña hermosa y amable que es vuestra propia imagen.

La herrera tosió y se sonrió con el mayor candor.

— Hay un joven, siento decirlo, un joven vicioso, libertino, de mala reputación, de quien he oído hablar á Eduardo. Se llama Boulet, Polet ó Mollet.

— Conozco un joven que se llama José Willet, dijo la herrera cruzando las manos con dignidad.

— Es cierto, José Willet, dijo M. Chester. Suponed, pues, que el tal José Willet aspirara á ser correspondido de vuestra graciosa hija y que hiciera todo lo posible para conseguirlo.

— Seria mucha imprudencia, mucho atrevimiento, dijo la herrera agitándose en la silla.

— Es el mismo caso, señora, exactamente el mismo:

seria mucho atrevimiento, y este es el atrevimiento de que culpo á Eduardo. Me figuro que, aunque hubiese de costar algunas lágrimas á vuestra hija, no dejarais de sofocar sus relaciones nacies, y esto es lo que hubiera querido decir á vuestro esposo cuando le he visto esta tarde en casa de la señora Rudge...

— Mi marido, dijo la herrera interrumpiéndole con emoción, debiera quedarse en su casa en vez de ir con tanta frecuencia á ver á esa Rudge.

— Si no os parece que expreso mi adhesión á los sentimientos que acabais de manifestar, repuso M. Chester, con tanta energía como desearais tal vez, es porque debo á su presencia en aquella casa, amiga mía, y á su poca afición á la conversacion el haber venido aquí para molestáros con esta entrevista, pero en cambio me ha proporcionado la dicha de conocer á una señora en quien están concentradas, por lo que veo, la completa dirección y la prosperidad de la familia.

Y diciendo estas palabras, volvió á tomar la mano de la herrera, y despues de estampar en ella un beso con la mas exagerada galantería para deslumbrar mejor á la señora Varden, continuó empleando la misma mezo-lanza de sofismas y lisonjas, suplicándola que hiciera todo lo posible para que su marido y su hija no auxiliasen á Eduardo en sus amoríos con la señorita Haredale.

La señora Varden, que como mujer tenia su parte de vanidad, de obstinación y de amor al poder, firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con su galante tentador, y creyó en realidad, como hubiesen hecho muchos otros que le veían y oían, que al obrar de esta suerte dedicaba todos sus esfuerzos al triunfo de la verdad, de la justicia y de la moralidad.

Alborozado por el feliz éxito de su negociación, y singularmente divertido para sus adentros, M. Chester la acompañó hasta el comedor con las mismas ceremonias, y despues, sin olvidar la mas agradable, la del abrazo, inclusa Dorotea, se retiró completando la conquista del corazón de Miggs con esta pregunta:

— ¿Se dignará esta niña alumbrarme hasta la puerta?

— Ama, ama mía, dijo Miggs cuando volvió con la luz, ¡qué caballero mas guapo, mas afable! Cuando hablaba parecia un ángel, cuando miraba parecia que no se atrevia á hacerlo de pura humildad. ¡Y qué risueño, qué galán, qué cumplido! ¿Y habeis visto como os ha tomado primero por Dorotea y ha tomado despues á vuestra hija por una hermana? ¡Ah! señora, ¿sabeis que si estuviera en el lugar de mi amo tendria celos?

La herrera reprendió á su criada por tan liviana observación, pero lo hizo con tanta tibieza y sonriendo con tanta benignidad que mas parecia aprobación su censura, y añadió además para excusarla que era una locuilla, una cabeza ligera, cuya vivacidad le hacia traspasar los límites del decoro y que no pensaba la mitad de las cosas que decia, pues de lo contrario se hubiera enfadado mucho.

— Por mi parte, dijo Dorotea con aire pensativo, estoy tentada á creer que sobre este punto se parece mucho M. Chester á Miggs. Creo que con su finura y sus buenas palabras se estaba burlando de nosotras.

— Si os atreveis á decir tales cosas y á hablar mal de las personas ausentes delante de mí, señorita, dijo la herrera, os mandaré coger una luz para que vayais á acostaros al momento. ¿Cómo te atreves á hablar así? Me asombras. Tu conducta esta noche ha sido muy chocante. ¿Se ha visto jamás, exclamó la matrona furiosa y prorumpiendo en llanto, que una hija dijera á su madre que se burlaba de ella?

La herrera justificó con este llanto repentino que su genio era tan caprichoso como inconstante.

## XXVIII.

M. Chester se dirigió al salir de la casa del herrero á un café distinguido de Covent-Garden, donde permaneció sentado mucho tiempo prolongando su cena, divirtiéndose con los chistosos recuerdos de su visita reciente y felicitándose por el triunfo de su insigne destreza. Merced á la influencia de sus pensamientos, su rostro tenia una expresión tan benigna y tranquila que el mozo encargado del servicio de su mesa se sentia casi capaz de morir en su defensa y se le puso en la cabeza (muy pronto se desengañó al recibir por toda propina un penique) que un caballero tan apostólico valia tanto como media docena de parroquianos.

Una visita á la mesa de juego, no como un calavera que apunta fuerte para satisfacer su pasión, sino como hombre prudente y sesudo que sacrifica dos ó tres escudos para condescender con las locuras de la sociedad y sonreír con igual benevolencia al perder que al ganar, fué causa de que no se retirase hasta una hora muy avanzada.

Tenia costumbre de decir á su criado que se fuera á la cama cuando quisiera, á no mediar órden en contrario, y dejar únicamente una luz en la escalera, porque llevaba siempre consigo una llave de la puerta.

La luz era una linterna, y abrió el cristal para activar la mortecina llama de un pábilo convertido en ascua é hinchado como la nariz de un borracho, cuando un ruido parecido al ronquido profundo de un hombre dormido algunos escalones mas arriba hizo volver la cabeza á M. Chester.

Era la respiración de un hombre que dormia profundamente, tendido en el suelo.

Despues de encender una vela y de abrir la puerta, el caballero subió despacio, y llevando la luz delante de la

mano que le servía de pantalla, miró en torno suyo con precaución y movido por la curiosidad de averiguar quién era el hombre que habia elegido para pasar la noche un albergue tan poco cómodo.

Aquel hombre era Hugo que yacia con la cabeza apoyada en el rellano y sus grandes miembros extendidos sobre una media docena de escalones con tanta negligencia como un cadáver arrojado allí por desenterradores sorprendidos, con el rostro al aire, su larga cabellera esparcida como una alga silvestre sobre su almohada de madera y con su ancho pecho palpitante, cuyo ronquido turbaba el silencio de la escalera en las altas horas de la noche.

M. Chester, que no esperaba verle allí, iba á interrumpir su reposo empujándole con el pié, cuando le contuvo la mirada que lanzó hácia el rostro del que dormia. Se inclinó pues, y acercando la luz, contempló las facciones de Hugo, pero no le bastó este primer examen, porque pasó y volvió á pasar sobre la cara del joven la luz concentrada con la mano para que sus rayos le iluminasen mejor.

Mientras se hallaba ocupado en este examen minucioso, Hugo se despertó sin estremecerse ni volver siquiera el rostro, y hubo en el encuentro súbito de su fija mirada una especie de fascinación que quitó á su observador la presencia de ánimo para volverse y le obligó en cierto modo á sostener el brillo de esta mirada. Permanecieron así contemplándose con asombro recíproco, hasta que M. Chester rompió por fin el silencio, y le preguntó en voz baja el motivo de encontrarle allí durmiendo.

— Me parecia, dijo Hugo esforzándose para incorporarse y continuando fijando en él una prolongada mirada, que formabais parte de mi sueño. Un sueño curioso por vida mia, pero espero que no se realizará nunca, señor.

— ¿Por qué te estremeces?

— Será de frío, respondió esperezándose y poniéndose en pié. Aun no sé donde estoy.

— ¿No me has conocido? dijo M. Chester.

— ¡Oh! sí, os he conocido, repuso. Soñaba con vos, pero no estamos donde creia estar con vos, á Dios gracias.

Y al decir estas palabras miró en torno suyo y particularmente hácia el techo como si esperase encontrarse debajo de algun objeto que formaba parte de su sueño. Despues se frotó los ojos, volvió á esperezarse y siguió á M. Chester á la habitación.

El caballero encendió las bujías de su tocador, y acercando un sillón á la chimenea donde habia aun fuego, se sentó delante y dijo á Hugo:

— Ven y quitame las betas... No hace mucho que has bebido, bribon, dijo cuando Hugo se arrodilló para ejecutar la órden que habia recibido.

— Os juro, señor, que he andado á pié cuatro leguas mortales, y despues he esperado aquí no sé cuánto tiempo sin que haya probado una sola gota desde medio dia.

— ¿Y tan desocupado estabas para venir á alborotar esta casa con tus ronquidos? dijo M. Chester. ¿No podias ir á soñar en el pajar del Maypole en vez de venir aquí á molestar á todo el mundo? Tráeme las babuchas y anda despacio.

Hugo obedeció en silencio.

— Oid lo que voy á deciros, caballero, dijo M. Chester poniéndose las babuchas. La primera vez que volvais á soñar, hacedme el favor de no soñar conmigo, sino con el perro ó la yegua, que son vuestros íntimos amigos. ¿Qué haces ahí parado como un poste? En el mismo sitio encontrarás la botella compañera de la que vaciaste en tu primera visita. Vé á hacer lo mismo con ella.

Hugo obedeció al momento, y despues de apurar uno y otro vaso, volvió á presentarse delante de su protector.

— Ahora que estás mas despierto, dijo M. Chester, ¿podrás explicarme el objeto de tu nocturna visita?

— Hay novedades.

— Adelante.

— Vuestro hijo ha venido hoy á casa á caballo, y ha tratado de ver á la señorita Emma, pero solo ha podido divisarla desde lejos. Ha dejado una carta ó un recado de que se ha encargado José, pero él y el viejo han disputado por esto cuando ha partido vuestro hijo. El viejo no queria que se diese el recado, porque dice que no quiere que nadie se mezele en este negocio, que solo puede proporcionarle disgustos. Dice que es posadero y que no quiere descontentar á sus parroquianos.

— Es un verdadero diamante, dijo Chester sonriendo, un diamante en bruto. ¿Y qué mas?

— La hija de Varden... la muchacha á quien dí un beso....

— Y robaste un brazaletes en la carretera, añadió monsieur Chester tranquilamente. ¿Qué ha hecho la hija de Varden?

— Ha escrito á la señorita Emma una carta para anunciarle que habia perdido la que os traje y vos quemasteis. José debía llevar esta carta á La Garenne, pero el viejo ha detenido á su hijo todo el dia en casa para que no cumpliera el encargo. Me la ha entregado á mí, y os la traigo.

— ¡Cómo! ¿No la has llevado á quien iba dirigida? dijo M. Chester estrujando el billete de Dorotea entre los dedos y afectando sorpresa.

— He creído que no os disgustaria leerla, respondió Hugo, y además, me parece que quien quema una, bien puede quemarlas todas.

— Por vida mia, señor diablo tentador, dijo Chester, que si no discurrís mejor, vuestra vida va á ser muy corta. ¿No sabes que la carta que me entregaste era para mi hijo que vive en esta misma casa? ¿No hay para tí

diferencia alguna entre estas cartas y las que van dirigidas á otras personas?

— Si os habeis enojado, dijo Hugo desconcertado con esta reprensión, siendo así que esperaba demostraciones de alegría y gratitud, dádmela y la entregaré á quien va dirigida. No sé cómo contentaros, mi amo.

— Yo mismo la entregaré, repuso M. Chester deán-dola sobre la mesa despues de haber reflexionado un momento. ¿Sale á pasear por la mañana la señorita Emma?

— Muchas veces; por lo regular al medio día.

— ¿Sola?

— Sí, sola.

— ¿Y por dónde pasea?

— Por el prado que hay enfrente de la quinta.

— Si hace buen tiempo, será posible que mañana le salga al encuentro, dijo M. Chester con tanta indiferencia como si Emma fuera una de sus íntimas amigas. Te advierto, Hugo, que si paso por delante del Maypole, me harás un favor si haces como quien no me ha visto mas que una vez. Debes suprimir tu gratitud y tratar de olvidar mi tolerancia en el negocio del brazalete. Esta gratitud es natural, y no me admira que la manifiestes,

porque eso te honra; pero cuando me veas con otras personas, por tu propia seguridad debes continuar siempre siendo para mí un extraño, como si no me debieras ninguna obligacion, como si nunca me hubieses hablado aquí á solas. ¿Me entiendes?

Hugo le entendia perfectamente, y despues de una pausa dijo balbuceando que esperaba que no le expon-dria á ningun conflicto por la última carta, pues se la habia quedado creyendo prestarle un servicio.

Iba á continuar con el mismo tono, cuando M. Chester interrumpió sus excusas con el ademán del mas generoso de los protectores, y le dijo:

— Tienes mi promesa, mi palabra, mi juramento, porque mis promesas valen tanto como un juramento, de que te protegeré mientras lo merezcas. Tranquilízate, pues y no temas. Cuando un hombre se me entrega atado de piés y manos como lo has hecho tú, tiene á mi parecer contraído un derecho que debo respetar. No sabes, Hugo, cuán dispuesto estoy á la misericordia y á la tolerancia en el caso actual. Considérame como á tu protector, y por lo que respecta á esta indiscrecion puedes estar seguro de que no te acarreará el menor disgusto. Llena por última vez el vaso para poder volver con mas

agilidad al Maypole. Me asombra el pensar el camino que has de andar esta noche. Pero bebe, y Dios te dé un feliz viaje.

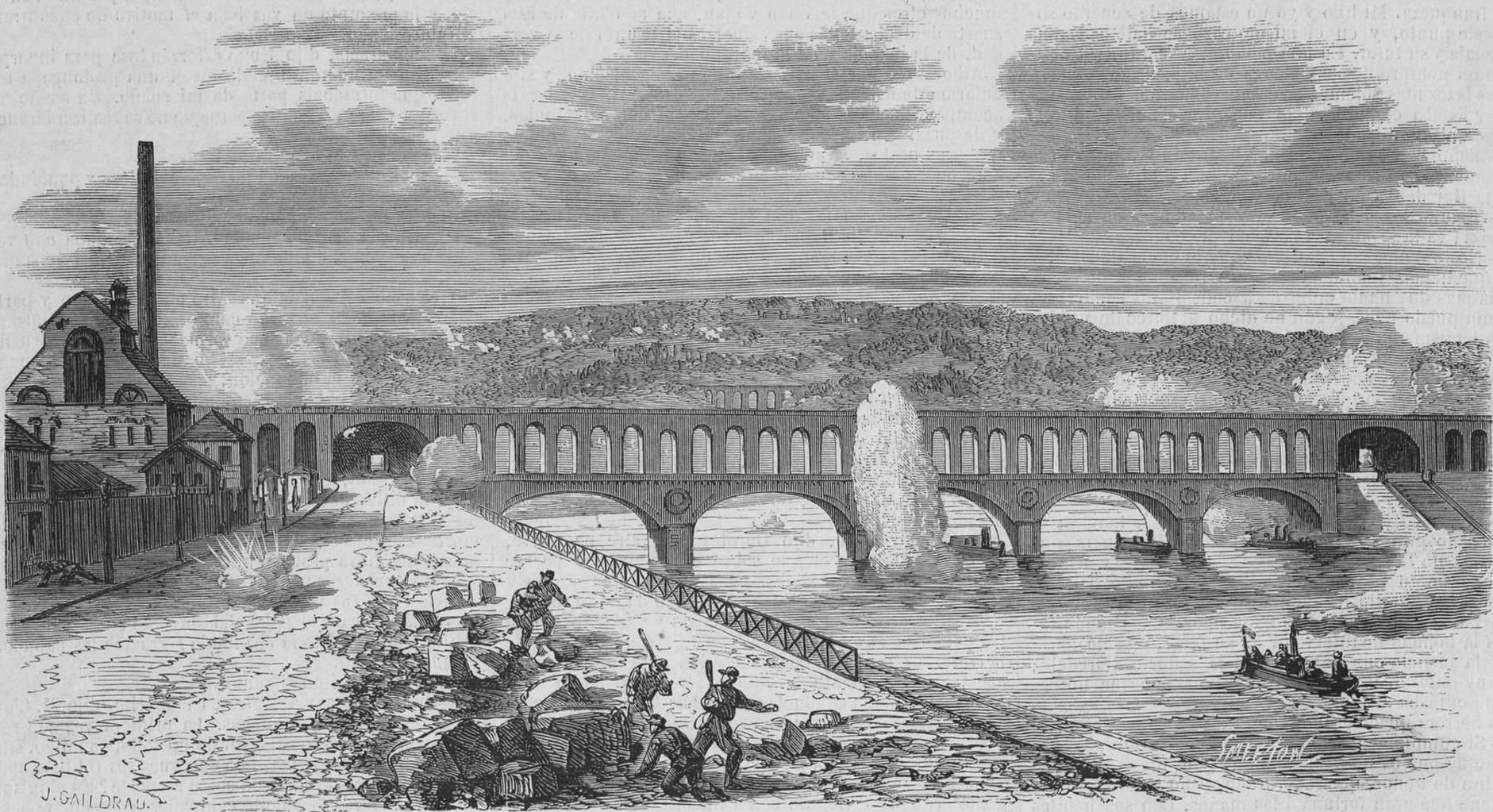
— Se figuran, dijo Hugo despues de apurar el vaso, que estoy durmiendo en la caballeriza. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! La puerta de la caballeriza está cerrada, pero el pájaro voló.

— Lástima que no puedan volar los jumentos, porque en tal caso seria mas exacta la metáfora. Me gusta tu buen humor. ¡Buenas noches! Cúidate mucho.

Es notable que durante esta entrevista cada uno de ellos habia tratado de mirar á hurtadillas el rostro del otro sin poder conseguir verlo de lleno.

Cambiaron una rápida mirada cuando Hugo cerró la puerta con tiento y sin ruido, y M. Chester permaneció en su sillón mirando fijamente el fuego de la chimenea.

— Muy bien, dijo tras una larga meditacion, y lo dijo con un profundo suspiro y cambiando penosamente de actitud, como si alejara de su mente algunos pensamientos extraños para no ocuparse mas que de los que le habian dominado todo aquel día. La intriga se complica. He arrojado ya mi bomba, y estallará dentro de veinte y cuatro horas ahuyentando de una manera prodigiosa



GUERRA CIVIL. — Últimos disparos de las cañoneras situadas bajo el viaducto de Auteuil.

á todas esas buenas gentes. Pronto veremos el resultado.

Se acostó y se durmió, pero habia poco rato que dormia cuando se despertó sobresaltado creyendo que Hugo estaba en la puerta de la calle y pedia con voz extraña y muy distinta de la suya que le dejase entrar. La ilusion era tan poderosa y tan llena estaba de ese vago terror que da la noche á semejantes visiones, que se levantó, y empuñando la espada abrió la puerta, miró el sitio de la escalera donde habia encontrado á Hugo durmiendo y hasta le llamó por su nombre. Pero todo estaba oscuro y tranquilo. Volvió, pues, á acostarse, y despues de una hora de penosa vigilia, concilió el sueño y no se despertó hasta la mañana siguiente.

## XXIX.

Los pensamientos de las personas del gran mundo están regidos de una manera invariable por una ley moral de gravitacion que como la ley física les arrastra hácia la tierra en virtud de la atraccion. El glorioso resplandor del día y las silenciosas maravillas de una noche tachonada de estrellas no producen efecto alguno en sus almas; no saben leer los signos que hay en el sol, en la luna y en las estrellas, y se asemejan á algunos sa-

bios que conocen á cada planeta por su nombre latino, pero que han olvidado completamente algunas pequeñas constelaciones celestes como la caridad, la tolerancia, el amor universal y la misericordia, aunque brillan de noche y de día con claridad tan espléndida que pueden verla los ciegos; y que al mirar el cielo sembrado de astros, no ven en ellos mas que el reflejo de su gran saber y de su instruccion sacado de sus tomos en folio.

Es curioso observar á esos hombres del gran mundo, cuando se distraen por un momento de sus grandes negocios para volver la mirada por casualidad hácia las innumerables esferas que centellean en la bóveda celeste. ¿Qué creéis que ven? Nada mas que la imágen que llevan en su corazón.

(Se continuará.)

## Las cañoneras.

El *Journal officiel* de Paris del 44 de mayo decia lo siguiente:

«Ayer al amanecer comenzaron á caer bombas al rededor de nuestras cañoneras, que respondian con un valor digno de todo elogio.

» El fuego continuó con intermitencias todo el día, hasta que á eso de las cinco de la tarde el fuerte de Issy y la batería de San German, descubierta de repente, y una batería de morteros, comenzaron á dirigir un fuego espantoso sobre nuestras cañoneras.

» Despues de un horrible combate de artillería, nuestras cañoneras en presencia del tiro tan certero del enemigo, hubieron de abandonar el puesto peligroso que ocupaban hacia mas de un mes; pero no tomaron esta resolucion, hasta que una de las cañoneras, *L'Estoc*, destrozada por las bombas versallesas, se sumergió gloriosamente á los gritos de ¡Viva la Commune!

» Todos los tripulantes fueron recogidos á bordo de una embarcacion en donde se hallaba el jefe de plaza mayor, quien valerosamente salvó de una muerte cierta á todos aquellos heroicos defensores de nuestra causa... Con arreglo á las órdenes del delegado de la Marina, he hecho desembarcar hoy de las diferentes cañoneras á los marineros que por la precision de su tiro están llamados á prestar grandes servicios en las fortificaciones.»